



DESCRIPCIÓN

Y

POBLACIÓN DE LAS INDIAS

POR FR. REGINALDO DE LIZÁRRAGA

DE LOS PRELADOS ECLESIASTICOS DEL REINO DEL PERÚ

Desde el Rvdmo. Gerónimo de Loaiza de buena memoria, y de los Virreyes que lo han gobernado y cosas sucedidas desde don Antonio de Mendoza hasta el Conde de Monterrey, y de los Gobernadores de Tucumán y Chile, etc., etc.

CAPÍTULO I.

DE LOS PRELADOS ECLESIASTICOS

Habiendo tratado con la brevedad posible la descripción de este Reino del Perú, sus ciudades, caminos y las costumbres y calidades de los naturales y de los que nacen en él, nos es también forzoso tratar de los obispos y arzobispos que habemos conocido y tratado; y comenzando desde la ciudad de Quito, el obispo primero de aquella ciudad fué el Rvmo. D. García Diez Arias, clérigo, de cuya mano recibí, siendo muchacho, la primera tonsura; varón no muy docto, amicísimo del choro; todos los días no faltaba de misa mayor ni vísperas, á cuya causa venían los pocos prebendados

que á la sazón había en la ciudad é Iglesia y le acompañaban á ella y le volvían á su casa. Los sábados jamás faltaba de la misa de Nuestra Señora. Gran eclesiástico, su Iglesia muy bien servida con mucha música y muy buena de canto de órgano. En esta sazón el Obispo era muy pobre; ahora ha subido los diezmos y tiene bastante renta. Era alto de cuerpo, bien proporcionado, buen rostro, blanco, y representaba bien autoridad y la guardaba con una llaneza y humildad que le adornaba mucho. Murió en buena vejez. Comienza el obispado desde la ciudad de Pasto, 40 leguas más abajo de Quito, hasta el valle de Jayanca. Sucedióle el Rvmo. Fr. Pedro de la Peña, religioso de nuestra sagrada religión, habiendo sido primero provincial; varón docto y muy cristiano. Murió en la Ciudad de los Reyes; dejó su hacienda á la Inquisición. Después de su muerte, fué gobernado algunos años este obispado por la sede vacante, hasta que se proveyó al Rvmo. Fr. Antonio de San Miguel, religioso del orden de San Francisco, varón apostólico. Á éste sucedió el Rvmo. Fr. Luis López, del orden de nuestro padre San Agustín, varón de gran gobierno y docto, el cual en este Reino fué dos veces provincial, gobernando sus religiosos con vida y ejemplo, libre de toda codicia, y finalmente, con las obras enseñaba en lo que le habían de imitar sus religiosos, porque en los trabajos y observancias era el primero.

CAPÍTULO II.

DEL ILUSTRÍSSIMO FRAY GERÓNIMO DE LOAYZA, ARZOBISPO
DE LOS REYES

El Ilmo. Fr. Gerónimo de Loayza, Arzobispo de los Reyes, de nuestra sagrada religión, varón de cuantas buenas partes se puedan imaginar, á quien se puede decir no le hizo ventaja su tío, el Ilmo. Fr. García de Loayza, Arzobispo de Sevilla, de la misma sagrada religión nuestra, con haber sido uno de los valerosos varones que ha producido nuestra España; y en la rebelión y tiranía de Francisco Hernández, fué nombrado por Capitán General del campo de su Mages-

tad, juntamente con otros dos oidores: el Dr. Saravia y el Licenciado Hernando de Santillán, hasta que se nombró á Pablo de Meneses por General. Oí decir que habiendo venido por Virrey don Francisco de Toledo, se le ofreció una consulta con los obispos, y dícese quedó enamoradísimo de nuestro Rvmo. Loaysa en gran manera. Tenía don Francisco de Toledo unas entrañas piadosísimas para los pobres, á los que recibía y consolaba como padre de los indios de todo el Reino. Era muy amado porque sabían cuanto en lo justo les favorecía, y así con todas sus cosas venían á él, á los cuales cuando era necesario reprendía y castigaba como padre amantísimo. Ejecutando lo mismo nuestro Rvmo. en su Iglesia, que mientras vivió fué muy bien servida, los oficios divinos, con gran cuidado celebrados. Adornó su Iglesia de buenos ornamentos de brocado bordados, á su costa, y mandó hacer la custodia que ahora se usa para el Santísimo Sacramento, de plata, y dió la custodia de oro en que se pone el Santísimo Sacramento, que vale 3,000 pesos de oro. En su tiempo, gobernando el Marqués de Cañete, de buena memoria, una moza liviana se fingió endemoniada, la cual alborotaba la ciudad, y como era ficción, los conjuros y exorcismos de la Iglesia no aprovechaban más que en una piedra. Llévanla á la Iglesia mayor, á los curas con gran copia de muchachos tras ella, en cuerpo, con un rostro muy desvergonzado. El Arzobispo affigíase; mandó se la llevasen al hospital de Santa Ana, donde la mayor parte del tiempo vivía, lleváronse la; exorcizóla, y era como quien exorciza á una piedra. Sucedió que un día le fué á visitar y besar las manos un religioso nuestro, Fr. Gil González Dávila; hallóle muy affigido y lloroso, y preguntándole la causa, respondió: no me tengo de affigir que sea yo tan desventurado, que en todo mi Arzobispado no haya quien pueda echar un demonio del cuerpo de una moza, que yo propio la he exorcizado. El religioso le dijo:—suplico á V. S.^a mande que me la lleven mañana á casa; yo la exorcizaré. Hízose así, y otro día mandó llevasen la moza á nuestro convento, y llamado el padre Fr. Gil á la capilla de San Gerónimo, donde estaba la endemoniada fingida, en viéndole entrar díjole ciertas palabras afrentosas, llamándole capilludo, que qué quería ó qué buscaba. El religioso luego como halló ser ficción y maldad, y al cura que la lleva-

ba llamado el padre Valle, dícele:—diga vuestra merced al señor Arzobispo, que esta desvergonzada no tiene demonio, y el que tiense se le quitará con muy crudos azotes. Y acertó en esto, porque volviéndola á su casa, no fingió más el demonio, y se conoció que por usar de su cuerpo deshonestamente con un hombre, fingió aquella maldad y remaneció preñada. Muchas cosas (si de años atrasados fuera mi intento hacer este breve compendio) se pudieran escribir; por ventura, otros las tendrán notadas, las que si por extenso se hubieran de tratar, requerían un libro entero: para nuestro intento sea suficiente decir que fué un Prelado en toda virtud consumado, y que la Magestad de Nuestro Señor provea de que los sucesores suyos, sean como este Ilmo. señor. Finalmente, lleno de buenas obras, dió su ánima al Señor y está enterrado en los Reyes, en su hospital, en la capilla, llorado de todo el Reino, pobres y ricos. U.

CAPÍTULO III.

DEL ILUSTRÍSSIMO MOGROVEJO

Sucedió en la Silla Arzobispal, el Ilmo. D. Toribio Alfonso Mogrovejo, que al presente, loabilísimamente vive. Varón consumado en toda virtud, celosísimo de sus ovejas y en particular de los naturales, por el bien de los cuales nunca deja de andar visitando su Arzobispado; el cual no creo que ha vivido en más de 24 años que tiene la silla 3 en la ciudad de los Reyes, ocupado en caminos bien ásperos. Es gran limosnero, porque le ha sucedido llegar á pedir limosna un buen cristiano que en la ciudad de los Reyes se ocupa en tener cuidado de buscar de comer, llamado Vicente, para los pobres y acudirles con limosna de lo que pide, y llegar y decirle:—Señor, los pobres no tienen qué comer; y librarle buena porción de plata en D. Francisco de Quiñones, casado con una hermana del Sr. Arzobispo, y por responderle no había plata, que se había dado en limosnas, echar mano el Sr. Arzobispo á la tapicería y venderla y socorrer á los pobres. Las penas en que se condena á los clérigos descuidados y que

no cumplen con lo que deben, las aplica á un colegio que hace en la Ciudad de los Reyes, que será cosa principal. Cuando reside en la ciudad, pocos domingos ó días festivos deja de asistir á los oficios divinos, amicíssimo de que todos los domingos del año haya sermones en todas partes. Con el Marqués de Cañete, el segundo, tuvo no sé qué pesadumbres sobre las ceremonias que á los virreyes se hacen en la misa, por lo cual huyó de entrar en la ciudad: más quería vivir ausente de ella en paz, que en ella con pesadumbre; finalmente, hasta ahora hace su oficio como un apóstol.

CAPÍTULO IV.

DE LOS REVERENDÍSSIMOS DEL CUZCO

La Catedral del Cuzco también ha tenido bonísimos prelados: el primero el Rvmo. Fr. Juan Solano, de nuestra sagrada religión. el cual, gobernando el Marqués de Cañete, se fué á España y de allí á Roma, donde vivió muchos años y acabó loablemente en buena vejez. Sucedióle don Sebastián de Lartaún, doctor por Alcalá de Henares, guipuzcoano, varón doctíssimo, y por sus letras nominatíssimo en aquella Universidad. Tuvo muchos trabajos en este Reino y el mayor fué un falso testimonio que le levantaron, diciendo, que en el Cuzco había hecho compañía para sacar un tesoro con el Licenciado Gamarra, médico, y el Capitán Martín de Olmos, encomendero de la misma ciudad, del hábito de Santiago; pero dejando aparte el extravío que se les causó, interín se hacían averiguaciones, se publicó el falso testimonio, que lo habían depuesto tres clérigos, que los tres tuvieron muy mala muerte; y hallándose el Ilmo. comprendido en el falso testimonio, desterrado en Lima, dióle una enfermedad (de que murió) y en su testamento hizo una declaración del tenor siguiente:

Declaración.—Por cuanto en el Santo Concilio Provincial que se celebra en esta ciudad se han tratado y tratan muchas causas civiles y criminales de parte de muchas personas contra su señoría Rvma. y su señoría contra ellas en defensa de su honra y autoridad episcopal; quiere, y es su voluntad, que las dichas causas se sigan y fenezcan en cuanto toca á

la defensa de su honra y fama, y la definición dello quiere se lleve anta Su Santidad, y del Rey nuestro señor si fuere necesario, para que conste de su limpieza; y en lo demás, que su señoría perdona de todo corazón á todas aquellas personas que le han ofendido é injuriado, por escrito ó por palabra, ó de otra manera, para que Dios Nuestro Señor le perdone sus culpas y pecados.

Siguiéronse sus causas, y por los señores Obispos y Jueces nombrados por el Santo Concilio, conviene á saber: don Fr. Francisco de Victoria, Obispo de Tucumán, Don Alonso Dávalos Granero, Obispo de La Plata y D.^{na} Fr. Alonso Guerra, Obispo del Paraguay, se pronunció la sentencia siguiente:

Sentencia.—Fallamos, que la parte del Bachiller Sánchez de Renedo, fiscal, no probó cosa alguna de lo contenido en su acusación, hecha por la declaración del dicho Diego de Sabredo, y puesta contra el dicho Rvmo. del Cuzco: damos y declaramos su intención por no probada, y el dicho Rvmo. del Cuzco y sus procuradores, en su nombre (por haber muerto) probaron sus excepciones y defensiones cumplidamente, y así lo declaramos. En cuya consecuencia debemos dar y damos al dicho Rvmo. Obispo D. Sebastián de Lartaún por libre de todo lo contra él pedido y acusado en esta causa; y declaramos haber sido injustamente acusado por estar inocente y sin culpa de lo contenido en los capítulos y querellas que le fueron puestos; condenando, como condenamos, al dicho delator y al fiador por él dado en las costas y gastos por el dicho Rvmo. Obispo hechos, cuya tasación nos reservamos por esta nuestra sentencia definitiva, la cual es fecha en los Reyes, á 7 de noviembre de 83.

Sucedióle el Rvmo. Fr. Gregorio de Montalvo, de nuestra sagrada religión, Obispo primero de Yucatán, en los Reinos de México, varón religioso y muy docto, que vivió poco en la silla, y al presente acaba de llegar de España el Rvmo. de la Cámara y Raya. No le conozco; su fama es mucha de cristianidad y todo género de virtudes. Nuestro Señor le conserve por muchos años.

CAPÍTULO V.

DE LOS REVERENDÍSSIMOS DE LA PLATA

El primer obispo nombrado para la ciudad de La Plata fué el Regente Fr. Tomás de San Martín, de nuestra orden, varón de mucho pecho y valor, y muy docto; después del cual, sucedió el Rvmo. Fr. Domingo de Santo Tomás, doctísimo, gran predicador y de todas las demás buenas partes que se pueden imaginar. A este santo obispo sucedió el Rvmo. D. Fernando de Santillán, que fué Oidor en Lima y Presidente de Quito, donde tuvo muy grandes trabajos y testimonios falsos que le levantaron. Sacóle Nuestro Señor dellos y sublimóle á la Catedral de La Plata. No llegó á sentarse en su silla porque murió en Los Reyes. Su muerte fué bien llorada; no hacía un mes que se había tomado la posesión del obispado por él, cuando luego llegó la nueva de su muerte. Varón de grandes prendas y de mucha virtud, aunque fué primero casado.

A este famoso varón sucedió el Rvmo. Granero de Abalos, clérigo; no sé que dejase memoria de sí, mas de haber entablado la cuarta funeral en su obispado, y con todo lo que se aumentó la renta hacia sí, se dice que al tiempo de espirar sólo había quedado en su casa un candelero de plata con una vela ardiendo, sin más prenda de valor, y que llegó un criado, y que poniendo la vela entre dos ladrillos, se llevó el candelero; y de esta suerte acabó sus días. La hacienda no sé qué se hizo. Más vale morir pobremente con bendición del Señor, que rico y desamparado. Dicen estaba muy mal quisto con sus prebendados y otros, por cuya causa se hallaron tan pocos en su casa al tiempo de su muerte.

Después sucedió en esta silla el Rvmo. Fr. Alonso de la Cerda, de nuestra sagrada religión, hijo del convento nuestro de los Reyes. Acabó loablemente; vivió poco en el obispado, varón religioso, ejemplar y limosnero.

Al Rvmo. Fr. Alonso de la Cerda sucedió el Rvmo. don Alonso Ramírez de Vergara, varón de grandes prendas y

muy docto, gran predicador, limosnero, y en su iglesia Catedral de los Charcas labró, según soy informado, dos capillas y las dotó con abundante renta; de quien yo recibí y me envió quinientos reales de á ocho de limosna para ayudar á venir á este Reino de Chile al obispado de la Imperial, que si con ella no me favoreciera, con dificultad viniera á él. Fué Dios servido de llevarlo cuasi súbitamente con una sangría que sin discreción de los médicos se le hizo. A la hora que esto se escribe, tengo por nueva cierta, es promovido á aquel obispado el Rvmo. de Quito, de quien arriba tenemos hecha mención, Fr. Luis López.

CAPÍTULO VI.

DE LOS REVERENDÍSSIMOS DE TUCUMÁN Y PARAGUAY Y RÍO DE LA PLATA

La provincia de Tucumán (con distar lejos del obispado de los Charcas por más de 200 leguas, las más despobladas, como trataremos adelante) era del obispado de los Charcas; dividióse hará 30 años, poco más ó menos. El primer obispo D. Fr. Francisco de Victoria, de nación portugués, hijo de nuestro convento de la Ciudad de los Reyes en el Perú, varón docto, fuése á España, donde murió, é hizo heredero á la Magestad del Rey Felipe II de mucha hacienda que llevó. Sucedióle el Rvmo. don Fr. Hernando Trejo, que ahora reside en su silla, y resida por muchos años.

De los Rvmos. del Paraguay ó Río de la Plata, después que el Rvmo. Fr. Alonso Guerra salió de aquel obispado, promovido á otro en el Reino de México, como dejamos arriba, no sé cosa en particular que tratar, mas de que le sucedió el Rvmo. Liaño, varón apostólico y de grandes virtudes. Fué Nuestro Señor servido llevarlo para sí dentro de pocos años después que llegó á su obispado, á quien sucedió el Rvmo. don Fr. Ignacio de Loyola, fraile descalzo, que está ahora y lo gobierna loablemente.

CAPÍTULO VII.

DEL LICENCIADO VACA DE CASTRO Y DON ANTONIO
DE MENDOZA

Habiendo brevemente tratado, no conforme á las calidades de las personas, de los Reverendísimos obispos é Ilustrísimos arzobispos de este Reino, por no quedar cortos, con la brevedad que más se pueda, trataré con toda verdad sin género de adulación de los virreyes que he conocido en estos reinos de cincuenta años á esta parte.

El primero que lo gobernó después de la muerte del Marqués Pizarro por su Magestad, fué el Licenciado Vaca de Castro, el cual; quanto al gobierno de los indios y españoles lo que del se trata que fué buen gobernador porque desembarcó en la Buenaventura, y de allí atravesando la gobernación de Benalcázar, vino á la Ciudad de los Reyes, vió la tierra y la calidad della y de los indios, que es gran negocio para entrar gobernando, y halló alterado á don Diego de Almagro y tiranizado el Reino. Juntó campo contra él; dióle batalla, y venciéndolo le cortó la cabeza como á traidor.

Sucedióle el Visorrey Blasco Núñez Vela, que por no dejar las cosas para su tiempo, perdió en la batalla de Quito la vida, y puso el Reino de que perpetuamente se apartase de la Corona de Castilla. Á este sucedió el prudentísimo y bonísimo Visorrey de México D. Antonio de Mendoza, el cual por venir muy enfermo y haber vivido pocos días, no sé cosa notable que dél se pueda tratar, sino que así enfermo y tendido en la cama era temido y amado de los españoles y naturales.

CAPÍTULO VIII.

DEL MAQRUÉS DE CAÑETE

Al Visorrey don Antonio de Mendoza sucedióle D. Andrés Hurtado de Mendoza, cuya memoria permanece con alabanza perpetua, varón de muchas y admirables virtudes, dignas de eterna memoria, y porque no es decente que muchas ó algunas de sus acciones queden anegadas en el río del olvido, diré en breve lo que todo este Reino de su gran cristiandad experimentó. Animo generosísimo, entrañas más que de padre para los pobres, afabilidad para los humildes y pecho para rebatir los ánimos soberbios, y finalmente mereció ser llamado Padre de la Patria.

CAPÍTULO IX.

DEL MARQUÉS DE CAÑETE

Por el motivo de algunas guerras que se ofrecieron en el tiempo de su virreinato, sucedió que embarcándose el Marqués de Cañete en Panamá con su casa, mucha y muy buena, y con muchos caballeros pobres que salieron de España con el Adelantado Alderete para Chile, el cual murió en la isla de Perico ó Taboga, los dejó pobres y desamparados: mas el buen Marqués los recogió y á la mayor parte dellos recibió en su casa, á los demás dió pasaje con próspero viento en el navío de Balthazar Ríos: y en breve tiempo desembarcado en el puerto llamado Mal abrigo se supo la nueva en Trujillo, donde á la sazón leestaban aguardando muchos caballeros y capitanes de su Magestad que en la guerra contra Francisco Hernández le habían servido, y entre ellos el General Pablo de Meneses, aunque no había venido sino á besar las manos al Virrey y á darle noticia del estado del Reino, y finalmente fué un hombre el dicho Marqués, que por haber injuriado un hijo suyo de palabras á indios de aquel valle

estuvo para cortarle la cabeza y fué menester mucho para haberlo de templar, en que se vino á conocer el fervor con que miraba á sus vasallos.

CAPÍTULO X.

DEL MARQUÉS LLEGADO Á TRUJILLO

Aquí en Chicama, fué servido el Marqués con todo el regalo posible, por que así lo mandó doña Ana de Valverde, mujer que fué del Capitán Diego de Mora, en cuyo ingenio fué hospedado como se merecía con toda la comitiva que traía, adonde se fué á posar el dicho Marqués, á quien hizo doña Ana un agasajo no muy pequeño, que fué conociendo le faltaba al Marqués dinero para sus gastos, buscarle 12,000 pesos ensayados. Volvióselos de la Ciudad de los Reyes en oro.

Entre otros caballeros pobres que habían bajado á Trujillo á matar la hambre, bajó el Capitán Rodrigo Nuño, que á la sazón se hallaba en cama enfermo en casa de doña Isabel Justiniano, señora principal, que movida de caridad le regalaba y curaba en su casa; el que así enfermo, pidiendo albricias que ya el Marqués había desembarcado en la tierra y costa del Perú, preguntó que dónde; respondiéndole que en Mal abrigo. — Más quisiera (dijo) desembarcara 500 leguas más abajo, porque quien desembarca en Mal abrigo no nos puede abrigar bien. Más engañóse diciéndolo, porque luego que el piadosísimo Marqués supo estaba enfermo y sus servicios, le envió con un paje 1.500 pesos ensayados para su enfermedad, diciendo procurase por su salud, que su Magstad le haría mercedes, como con efecto, mediante el Marqués, por sus servicios, le asignó 5,000 pesos de renta.

Á la llegada del Marqués hiciéronse fiestas de toros y cañas y el Marqués como aficionado á caballos y ejercicios dellos, los domingos y fiestas salía á caballo y hallábase en la carrera; hízose allí un picón gracioso. En la ciudad vivia Salvador Vásquez. muy buen hombre de caballo de ambas sillas, pero de la gineta mejor; tenía bonísimos caballos hechos de su mano. Un día en la carrera trató con el General

Pablo de Meneses y Comendador Mayor de hacer el picón y puesto aparte con su caballo, ya se le caía la capa, ya la gorra, ya estaba en las ancas del caballo, ya en el pescuezo; finalmente paró y fingiéndose muy enojado vuelve á pasar delante del Marqués; cuando emparejó, díjole el Marqués:—Bueno está, señor, no os pongáis en más riesgo, la culpa fué del caballo, no paséis adelante.— Por mi vida, respondió Vásquez:—suplico á V. E. sea servido darme licencia para pasar otra vez la carrera porque estoy corrido y afrentado. Los que sabían el caso suplicaron al Marqués lo dejase volver á pasar la carrera. Consintiólo y puesto en ella parte con su caballo como un gamo, y antes de parar el caballo echa mano á la capa y espada y desnuda jugó de ella muy bien y tornó á ponerla en la vaina y su capa en su lugar. El buen Marqués recibió mucho gusto y dijo riéndose:—Bueno ha estado el picón; yo me he holgado de ver la segunda carrera porque delante del Príncipe nuestro señor se pudiera hacer.

CAPÍTULO XI.

PARTE EL MARQUÉS DE TRUJILLO

Partió desta ciudad de Trujillo para la de los Reyes en un machuelo bayo que trujo desde Tierra Firme, en el cual llegando al río de Santa, en todo tiempo grande y pedregoso, lo pasó á vado, por más que le suplicaron tomase un caballo. Al valle de Guatoney, que es la mitad del camino, le salió á besarle las manos Don Pedro Portocarrero, vecino del Cuzco, Maestro de campo en la guerra contra Francisco Hernández, el cual fué haciendo la costa al Marqués con todo lo necesario, trayéndolo todo en sus camellos y mulas hasta la Ciudad de los Reyes; llegando media legua de la ciudad á una chácara ó viña de Hernando Montenegro, de los antiguos conquistadores donde le tenía aderazada la casa como se requería. Se detuvo hasta el día de San Pedro, que debieron ser dos días, mientras la ciudad acababa lo necesario á su recibimiento. Antes de llegar á esta viña le hicieron los vecinos viejos una escaramuza; holgó mucho el Marqués de verla y dijo así:—Esto hay

por acá? esto hay por acá? Galantísimamente han escaramuzado, casi parecía de veras. Luego se hizo un combate de un castillo por infantería, los infantes muy bien aderezados; la cual acabada entró en la viña y estuvo el tiempo que habemos dicho.

CAPÍTULO XII.

ENTRA EL MARQUÉS EN LOS REYES

Día de San Pedro partió desta viña, después de comer, y llegando á la ciudad fué recibido de la Audiencia debajo de palio, en un bonísimo caballo muy ricamente aderezado; los regidores llevando las varas y dos de los más antiguos el caballo del diestro, con ropas rozagantes de terciopelo carmesí, con grande alegría de todo el pueblo, como aquel que se esperaba debía ser Padre de la Patria, como lo fué. Desta suerte llegó á la Iglesia Mayor, donde el Deán y Cabildo della con toda la clerecía le recibió con la cruz alta, cantando el Te-deum laudamus, y hecha oración y la ceremonia acostumbrada, fué aposentado en las casas llamadas de Antonio Rivera á una esquina de la plaza, que son las más cómodas. De allí á pocos días llegaron los Procuradores de las ciudades, y los más principales vecinos de ellas, y luego trató de reformar el Reino: envió por corregidor del Cuzco al Licenciado Muñoz, que trajo consigo de España, hombre docto en su facultad, el cual cortó las cabezas á los capitanes Thomás Vásquez y á Pedrahita y á otros vecinos porque fueron los principales en la tiranía de Francisco Hernández Girón. Esto hizo por orden del Marqués y éste por orden del Emperador Carlos Quinto, de gloriosa memoria. Día de San Andrés adelante se celebraron fiestas en la ciudad con una sortija y muy costosas libreas; los más principales del Reino corrieron. Hallóse presente el Marqués y dió perdón general á los culpados en la tiranía de Francisco Hernández, si no fueron aquellos cuyas causas estaban pendientes y presos. Llegó á noticia del Marqués que el Capitán Martín de Robles, suegro del General Pablo de Meneses, se descomidió (segun dicen) á decir que el Virrey ve-

nía mal criado y era necesario bajar á los Reyes á ponerle crianza; mandó por una carta al Licenciado Altamirano, Oidor de la Audiencia, á quien había hecho corregidor de la ciudad de la Plata y Potosí—entonces este corregimiento, como ahora, era uno—que hiciese justicia dél. Prendiólo y ahorcólo. Que fuese justamente justiciado, ó nó, no es de mío juzgarlo; era el Capitán Martín de Robles, hombre que se picaba de gracioso y decidor, y no perdonaba por un buen dicho, siendo mal dicho y pernicioso, ni á su mujer ni á otro, y por eso por donde pecó pagó. Era fama en los Reyes que el Marqués enfadado desto decía al General Pablo de Meneses, yerno de Martín de Robles:—Escribid á vuestro suegro venga á esta ciudad; pero que el General Pablo de Meneses le escribiese ó nó, no lo sé; á lo menos del ánimo generosísimo del Marqués se colige que si bajara no muriera como murió. Fué su muerte en Potosí, donde á la sazón estaba.

CAPÍTULO XIII.

CÓMO PROVEYÓ POR GOBERNADOR DE CHILE Á SU HIJO DON GARCÍA DE MENDOZA

Hecho esto, luego determinó remediar el Reino de Chile porque demás de la guerra con los indios araucanos, que se habían rebelado y muerto al Gobernador D. Pedro Valdivia, entre dos capitanes, Francisco de Aguirre y Francisco de Villagrán, había disensiones sobre el gobierno, pretendiéndolo cada uno para sí, por lo que nombró por Capitán general á su hijo Dn. García de Mendoza, de 23 á 24 años, de grandes esperanzas, como las ha cumplido, con quien fueron muchos y muy buenos soldados, viejos y bisoños, y caballeros principales desta tierra, con los cuales y con el favor de Nuestro Señor en breve redujo á la Corona Real los indios rebelados. Compuesto el Reino hizo muchas mercedes á diferentes capitanes y soldados beneméritos, y que en servicio de Su Magestad habían gastado lo poco que tenían, con que aseguró del todo la paz en este Reino. Y en esta guerra contra Francisco Hernández nunca se derramó gota de sangre, porque con él nunca,

llegaron á las manos, y cuando el dicho Hernández se desbarató y perdió, como dijimos, no hubo quien contra los traidores echase mano á la espada, de tantos como se mostraban leales, pero con su mucha prudencia el buen don García les fué dando á cada uno su merecido, enviándolos á España como desterrados.

CAPÍTULO XIV.

NOMBRÓ EL MARQUÉS GENTILES-HOMBRES

LANZAS Y ARCABUCES

Embarcados estos no muy prudentes capitanes, no con poco asombro de la ciudad para enfrenar la soberbia de los soldados de la necia valentona y para gratificar á otros más cuerdos, visto se humillaban, instituyó cien gentiles-hombres que llamó lanzas, con mil pesos ensayados cada uno, con su capitán general y alférez; por su capitán nombró á don Pedro de Córdoba, caballero muy principal y discreto, del hábito de Santiago, su deudo, con 5.000 pesos de renta. Alférez fué nombrado Muñoz Dávila, vecino de Los Reyes, con 3,000 pesos, estos se pagaban por sus tercios de cuatro en cuatro meses. Los lanzas eran obligados á tener caballos y armas y cuartago; desta suerte procuraban los soldados estar siempre á punto de guerra con buenos caballos y listas armas. Esta paga perseveró todo el tiempo que vivió el Marqués, y después algunos años; más ahora no se paga con tanta solemnidad ni tan bien, y un Virrey les quita un pedazo y otro, otro. Para esta paga señaló ciertos repartimientos que halló vacos y otros que vacaron; de donde bastantemente se pagaba dia á dia. A sus cinco capellanes también señaló á mill pesos ensayados y se les pagaban el mismo día que á los lanzas; y es cierto que si los lanzas fueran pagados y arcabuces, y de hambre los unos no hubieran comido las armas y lanzas, cuando el corsario capitán Francisco inglés entró en el Callao, no se saliera riendo, ni robara lo que robó; pero ni los unos tenían lanzas ni los otros escopetas ni pólvora, porque no les pagaban: habíanselos comido y por eso el enemigo se

fue riendo. Nombró también al capitán Gimeno por capitán de la artillería, hombre en quien cabía muy bien el cargo.— Esta artillería se guardaba en Palacio con bastante copia de municiones para cuando fuese necesaria; desta suerte enfrenó los ánimos indómitos y necios deste Reino que les parecía para cada uno el Perú era poco.

CAPÍTULO XV.

EL MARQUÉS QUISO PRENDER AL DR. SARAVIA

Gobernando pues el valeroso Marqués con la prudencia suya este Reino, no se qué cizaña se comenzó á sembrar entre él y el Doctor Saravia, Oidor más antiguo de la Audiencia, por lo cual el Marqués enfadado, y con razón, determinó prenderlo; y una noche envió á don Pedro de Córdoba, General de las lanzas á llamarle; el Doctor Saravia que entendió la balada acababa de cenar, y dijo:—Enorabuena, luego salgo mientras me visto. Levantóse de la mesa donde estaba con una ropa de levantar, entróse en su cámara y por una ventana no muy alta descolgóse á la huerta, y de allí al río, y dió consigo en nuestro convento, donde le pusieron en la casa de novicios. Don Pedro viendo se tardaba entró en el aposento; no le hallando se volvió al Marqués, el cual viendo que no se le trujo luego de mañana despachó á Chancay á nuestro Provincial, que á la sazón era fray Gaspar de Carvajal, que estaba en una hacienda del convento, dándole relación de lo pasado, que luego se partiese y viniese á tratar de las amistades, sin que se entendiese que por su parte se comenzaba primero. Nuestro Provincial vino luego; se trató de la confederación; salió el Doctor Saravia de nuestro convento; fuese á su casa y de allí á la Audiencia sin que más sobre este particular se tratase.

Hay en este Reino grandes noticias de entradas y nuevos descubrimientos, los más son sobre mano izquierda al Oriente. Entre las guerras y levantamientos que hubo en aquella provincia fué uno el tirano y sacrílego (que así se puede llamar) Lope de Aguirre, pues entre las crueldades é impiedades que ejecutó fué una hacer al sacerdote que dijese una misa

y consagrarse dos hostias y que consumiendo la una, le diese la otra, la cual partió con otros dos compañeros suyos capitanes de su rebelión, á quienes mató él mismo á puñaladas; hasta que cansada la Magestad Divina permitió pagase con su vida tantas de que era causa y agresor. No trato de las cartas que dicen escribía éste á Su Magestad, algunas ví en pedazos, llenas de mil disparates, aunque daba algún poco gusto leerlas por solo ver el phrasis, que no se quién se lo enseñó. Su Magestad mandó que á todos los que con él llegaron á la Venezuela y la Burburata, hiciesen las justicias castigo con ellos. También mandó aprestar dos navíos en que envió á descubrir el estrecho de Magallanes; en uno envió al Capitán Ladrillero, vecino de la Paz, y el otro navío lo mandaba el Capitán Cáceres. Salieron del Callao el Capitán Cáceres pudiendo sufrir los temporales de Chile arribó á Valparaíso, el Capitán Ladrillero pasó más adelante, pero no entró en el estrecho, y si entró, por ser el tiempo de nieves, habiéndosele muerto marineros y soldados, volvió al puerto de la Concepción, donde una negra, viendo la tierra y puerto, de alegría se quedó muerta; y sin hacer ningún efecto cesó este descubrimiento.

CAPÍTULO XVI.

EL MARQUÉS MANDÓ TRAER Á LOS REYES LOS CUERPOS DE LOS INGAS

Cuando aquel más que impío tirano Lope de Aguirre trataba de hacer crueldades y grandes ofensas contra Nuestro Señor, el Marqués de Cañete trataba de componer la tierra y quitar á los naturales cualquier ocasión del deservicio de Dios Nuestro Señor, por lo cual, sabiendo que en el Cuzco los indios tenían en mucha veneración y como por dioses suyos reverenciaban los cuerpos de Guainacápac y de otros ingas que fueron señores destos Reinos, mandó los sacasen de su lugar y los trajesen á Los Reyes para dar á entender á los indios no eran más que cuerpos muertos. Hízose así y trujéronlos á Los Reyes enteros sin corrupción, á causa de que cuando morían

con aplicarles unas yerbas que ellos sabían no se corrompían. Había un inga entre algunos de que se componen las montañas de los Andes á quien habían persuadido algunos religiosos nuestros se bautizase y viniese á Los Reyes, que ellos le ofrecían alcanzar un buen partido, y no obstante que los demás ingas (con cuyas tierras confinaban las de éste) le habían amenazado no cometiese tal, pudieron reducirle las cartas que el Marqués le escribió ofreciéndole cualquier partido en nombre de su Magestad, y habiéndose venido el tal inga á Los Reyes y entregado su tierra á la Corona Real, se bautizó y casó allí, con 12,000 pesos que el Marqués le señaló de renta en nombre de Su Magestad. Los demás ingas que quedaron en los Andes y en aquellos valles, luego levantaron por cabeza á otro inga de la casa de estos señores, de los cuales tratando de don Francisco de Toledo y de lo sucedido en su tiempo, habremos de volver á tratar dello.

CAPÍTULO XVII.

EL MARQUÉS SE MOSTRÓ GRAN REPUBLICANO

En todo el tiempo que el generosísimo Marqués gobernó se mostró gran republicano, y quien lo es merece el nombre de Padre de la Patria; y al contrario, el que no mira por el bien de la república, pues el príncipe lo es tal por el reino; y no el reino por el príncipe; de donde luego el buen príncipe con todas sus fuerzas procura la conservación de su república y aumento della, que se guarde justicia, se haga que los vasallos sean ricos y prósperos. Todo esto pretendía el buen Marqués; en esto se desvelaba; la justicia siempre estuvo en su punto y los indios muy favorecidos y amparados, y muchas veces entre semana iba á las huertas y animaba á los labradores del contorno á que plantasen; y entre otras cosas sucedió un año que habiendo mucha falta de trigo llamó á los vecinos que lo tenían sobrado, persuadíalos lo trujesen á la plaza y moderasen el precio; hízoles de mal, tomó cantidad de plata, envióla en barcos grandes por los valles, trujo bastante trigo, socorrió á su ciudad, hizo alhondigas y los

vecinos quedáronse con su trigo comido de gorgojo. Fué amicíssimo de que todo el Reino viviese en servicio de Nuestro Señor y casó mujeres principales y no principales, y todos los casamientos subcedieron bien. Los vecinos que tenían hijos diéronselos para que le sirviesen, á los cuales en su casa les enseñaba toda buena crianza y policía y les daba estudio dentro de Palacio. Muchas veces tomaba un plato y llamaba al que le parecía y decíale:—vé á tu madre y dile que porque me sabía bien ésto, por amor de mí lo coma. Partía el paje, llamábale, y preguntándole—¿qué te dije?—Señor (respondía) ésto y ésto. Decíale más:—mira que cuando entres delante tu madre le haz de hacer la reverencia con el pie izquierdo, con el derecho á Dios y sus imágenes; y cuando volvía preguntábale cómo la habló, cómo hizo la reverencia. Parcerá esto cosas muy menudas y no dignas de un Virrey del Perú, que es lo mejor que su Magestad tiene que proveer: no es sino muy esencial, porque la crianza de los muchachos conviene mucho les sea enseñada y mejor la toman del señor que del maestro solo, y más le temen. Cuatro años más ó menos hacía que gobernaba el Marqués Padre de la Patria y era amado y temido de los buenos y de los malos, cuando Nuestro Señor fué servido llevarle para sí, recibido devotísimamente todos los sacramentos, que muchas veces frecuentaba, sabida ya la venida del Conde de Nieva por Visorrey destos Reinos. Fué muerte muy sentida, y en particular de los pobres. Enterróse en el convento del seráfico padre San Francisco, de donde sacados sus huesos fueron llevados á España por el Padre Fr. Juan de Aguilera, comissionado de aquella orden en estos Reinos. Era hombre de mediana estatura, más alto que pequeño, espaldudo y de miembros fornidos, de gran ánimo y generoso, nada amigo de derramar sangre, empero de que se hiciese justicia. Sucedió que á un vecino del Cuzco se le imputó quería levantarse con mucha gente, y habiéndole preso y traído á Los Reyes, un día en la visita de cárcel salió el pobre muy aherrojado y leída en breve la causa de su prisión, llamóle y díjole:—vos os queríades alzar con el Cuzco? El miserable respondió:—no señor ¿quién soy yo, ni qué calidad tengo para eso? Enemigos que en el Cuzco tengo me han impuesto ese testimonio. El Marqués llamó al Alcaide (el pobre ya pensó estaba ya ahorcado) y dícele:—quítad las prisiones

á ese hombre, y al hombre dícele:—andad, id luego derecho al Cuzco y alzaos con aquella ciudad, si no, por vida de la Marquesa que tras vos envió para que si no hiciéredes os hagan cuartos. El tal, en saliendo de la cárcel, no pareció más ni fué al Cuzco. Bien sabía el magnánimo Marqués de que no había de ir aquel miserable al Cuzco: en manos de otro cayera que por lo menos fuera á remar á las galeras.

CAPÍTULO XVIII.

DE LAS VIRTUDES DEL MARQUÉS

En tiempo que vivió en estos Reinos fué castíssimo y muy amigo que todos los de su casa, como es justo, lo fuesen; y miraba por ésto en gran manera, como por el buen ejemplo; tratamiento malo, ni desdeñoso ninguno lo experimentaba de su Exca. ni de sus criados, porque de ello estaban muy advertidos. Habiendo muerto nuestro Marqués, su hijo D. García de Mendoza bajó de Chile bien pobre, y estando hablando con D. Juan de Velasco, dijo éste á Dn. García de Mendoza, como baldón y mofándose:—¿qué hizo su padre de Vmd. en este Reino? Al que con mucha prudencia respondió D. García:—un monasterio de San Francisco donde se enterró y un hospital de españoles donde como pobre me dén de comer; y guárdele Dios á Vmd. no muera su padre en el Perú y Vmd. entonces se hallara en él, porque se verá uno de los más desventurados caballeros del mundo. Parece le fué profeta, porque se vió paupérrimo y con suma pobreza; y ésto que allí le vimos y tratamos. Las vísperas de Pascua en las visitas de cárcel, jamás ningún Virrey (sin les hacer agravio) dió tantas limosnas, pagando por los pobres que no tenían, lo cual con suma liberalidad hacía. Ninguna destas visitas le costaba menos de 1,000 pesos, pues para cobrarlo no era necesario más que pedirlo al mayordomo. Quién ha hecho tal? pero no lo echaba en saco roto: Nustro Señor se lo ha dado cien doblado, y porque para todas limosnas y mercedes que hacía de su hacienda no había libramientos, mandó en su testamento que no pidiesen á su mayordomo sus herencias más cuenta de la

que el quisiese dar, ni libramiento para lo que hubiese dado de limosnas. Bien seguramente lo mandó, porque el Mayor-domo no le hiciera menos un grano.

CAPÍTULO XIX.

CUÁN ENEMIGO ERA DE ACRECENTAR TRIBUTOS

Siempre miró mucho por la conservación de los naturales para que con el descanso posible, pagasen sus tributos. Sucedió, pues, que proveyó por corregidor de la provincia de Chucuito á García Diez de San Miguel, hombre muy cuerdo, benemérito y noble, al cual mandó que visitase toda aquella provincia; hasta entonces no se habían hallado más que 17 mil indios tributarios. Estos pagaban de tributo 24 mil pesos en plata ensayados y 12 mil pesos en ropa de la tierra. Visitados, parecieron mil indios más, cuyo aumento participó al Marqués el corregidor, diciendo (que) podía acrecentar el tributo, y le respondió que si le escribiera para rebajarles el tributo, lo ejecutaría, pero que para acrecentarlo, nó. Fué gran vengador de juramentos falsos en daño de tercero; mandó quitar los dientes á un fulano de Quintana porque juró falso delante de la Justicia. Tenía publicado un bando, que ningún negro cargase á indio ninguno con botijas de agua ni canastas de ropa, pena de capar al negro, y el primero en quien se ejecutó la sentencia, porque delinquiró, fué un esclavo suyo; y de allí adelante no se atrevió negro ninguno á cargar indio, porque era muy común el que los negros y negras cargaban, como si ellos fueran libres, á los indios de todo cuanto traían del río, que era una indecencia, aunque duró poco esta ley, no más de cuanto vivió el Marqués.

CAPÍTULO XX.

DEL CONDE DE NIEVA

Alliberalísimo y cristrianísimo Marqués de Cañete, sucedió el Conde de Nieva; buen caballero y buen gobernador, de quien no podemos decir cosas notables que en su tiempo sucedieron. No las hubo porque el Reino gozó de mucha paz: entre otras cosas buenas que tenía, era una gran paciencia para oír á los pretendientes y demás negociantes. Diré una cosa en prueba de ello: acabando de comer se levantaba y oía á los negociantes y pretendientes, arrimado á una ventana; llegó un pretendiente y por ventura fatigado de la hambre, y por otra parte, demasiadamente atrevido por sus servicios, y pidiendo renumeración de ellos, levantó la voz más de lo justo, á quien el Conde con gran paciencia y con voz baja, le dijo:—habla más paso. El necio pretendiente, no curando del buen consejo, levantó más la voz. Díjole otra vez el Conde:—ya os he dicho que habléis paso. Respondió el pretendiente:—oh, señor, soy colérico. Respondió el buen Conde:—también yo lo soy, y me moderó en mis palabras; andad con Dios, y otro día venid más moderado. Los circunstantes admiraron tanta paciencia y salieron alabándola. Después desto, dijéronle que un soldado escribía á su Magestad cosas del gobierno del Perú, y algunas no muy en favor del Conde. Mandóle llamar y díjole:—dícenme que escribís al Rey nuestro señor. El soldado respondió:—sí señor; han dicho verdad á V. E., á quien no dijo más palabra:—En hora buena escribidle, pero advertid que le escribáis verdad, porque si no, la carta que escribiereis, ha de volver á mis manos, y lo que no fuere verdad, pagaréis. Este caballero, no bebía vino sino agua con exceso y muy fría, y es así que el Licenciado Alvaro de Torres, médico muy experto, estando comiendo, le dijo:—V. E. no beba tanto y tan frío, porque si frecuenta esa bebida, dentro de pocos días morirá de apoplejía y dejará á todo el Reino muy lloroso. Hizo burla de ello y murió en breve, no habiendo estado en el gobierno más de cuatro años. Su hijo, don Juan de Ve-

lasco, se halló presente, y muerto su padre se vió en la Ciudad de los Reyes uno de los caballeros más pobres] que se han visto en ella: sucedióle el pronóstico de don García.

CAPÍTULO XXI.

DEL GOBERNADOR CASTRO

A pocos meses de la muerte del nobilísimo Conde de Nieva, entró en la Ciudad de los Reyes con título de Gobernador el Licenciado D. Lope García de Castro, del Consejo de las Indias y aun que con título de gobernador, con todo el poder que traen los virreyes. Hízosele el recibimiento que á los virreyes, quien gobernó poco más de cinco años con mucha paz y tranquilidad, y aunque en su tiempo hubo algunos rumores de motines, con todo eso los apaciguó sin derramar gota de sangre. Proveyó su Magestad por Virrey destos reinos, á D. Francisco de Toledo, el cual, llegando á la Ciudad de los Reyes, tomó residencia al Gobernador Castro, contra quien no halló en qué condenarle; y porque su Magestad le mandaba que dada la residencia subiese á visitar la Audiencia de la Ciudad de la Plata, subió á visitarla, lo cual hizo con toda rectitud y cristiandad; y me hallé entonces en aquella ciudad; á unos privó, á otros condenó, á otros de los oidores suspendió; contra quien no halló querella ni otra cosa, fué el Fiscal el Licenciado Rabanal, que hacía su oficio muy cristianamente. Hecha esta visita, volvió á la Ciudad de los Reyes, y dende á España, con próspero viaje, donde dentro de pocos meses murió (dicen) Presidente del Consejo de Indias, loablemente.

CAPÍTULO XXII.

DEL VIRREY DON FRANCISCO DE TOLEDO

Sucedió (como acabamos de decir) al humanísimo Gobernador Castro, D. Francisco de Toledo, caballero del hábito de Alcántara, de bonísimo y delicado entendimiento. Fué re-

cibido en los Reyes con la solemnidad acostumbrada; luego dentro de pocos meses, procuró reformar algunas cosas en la ciudad, que fueron ciertos públicos amancebamientos, los cuales reformados, y aún castigados, y acabada la residencia del Gobernador Castro, salió á visitar todo el Reino como traía orden de su Majestad, cosa necesarísima para todo el Reino, de Lima hasta Potosí. Reformó muchos pueblos trayendo muchos indios que vivían en despoblados, para lo que fué menester no poco trabajo para reducirlos á ésto, por lo mucho que sentían dejar sus casillas, que fué esta una obra de mucho aumento á la Real Corona en sus intereses, como también lo fué para que los tales que vivían sin guardar en lo más la Ley de Dios, estuviesen sujetos á sus divinos preceptos. Puso enmienda en las usuras de los corregidores y sus aprovechamientos, en gravísimo perjuicio de los indios de sus partidos, que también ésto fué añadir alabanzas á su buen obrar en lengua de pobres y ricos, pues en el modo de hacer los repartimientos los corregidores, defraudaban la tercia parte de su monto, por cuya causa se extrajeron tanto los pueblos, y se motivó á que los indios, la mayor parte dellos desamparasen los lugares y se fuesen á vivir á despoblados. Pues siendo verdad que tenían en lo más dellos mucho ganado, y principalmente vacas y ovejas nuestras, cuando los padres de San Agustín que doctrinaban estos indios, eran los administradores de sus haciendas, por institución del General Lorenzo de Aldana, que viviendo yo en la Ciudad de la Plata, donde cae este repartimiento, que es el de Paria y Capinota, se vendieron en la plaza en pública almoneda, 3 mil cabezas de vientre de vaca, puestas donde el comprador las quiso: y ahora no hay 300 en la provincia, á lo que como dicho llevo, mucho remedió D. Francisco de Toledo. Yo sé de un corregidor proveído por su Exca. que era hijo de un oidor de Lima, de quien habiendo dado noticia á su Excelencia trataba con la plata de la comunidad, envió á hacer información secreta contra él, y le castigara por mal hijo de oidor, que fuera por las penas puestas, sino que fué avisado y cuando el que había de hacer la información, llegó y halló las cajas llenas y enteradas, y desta ocasión no se yo decir más, en el tiempo que gobernó D. Francisco de Toledo, de que los corregidores tratasen y contratasen con el dinero de los reparti-

mentos, pero al día de hoy, públicamente lo ejecutan. Oí decir á uno, y delante de muchos:—el Visorrey no me envía para que me esté mano sobre mano, sino para que me aproveche, y así juro á tal que en viendo la ganancia al ojo, no se me ha de ir de las manos; y en dos años sacó con qué vivir honradamente.

CAPÍTULO XXIII.

DE LA GUERRA QUE HIZO AL INGA

Prosiguiendo su viaje el Visorrey Dn. Francisco de Toledo desde Huamanga al Cuzco y llegando á esta ciudad, fué recibido solemnísimamente por el Cabildo della y demás ciudadanos; como llevase desde Huamanga noticia de los daños que hacían los indios que se quedaron en los Andes cuando el Marqués de Cañete (como dijimos) sacó al inga, determinó, por más servir á su Magestad, sacarlos, allanarlos y reducirlos al servicio de su Magestad por los robos y muertes que causaban en el distrito desde Guamanga al Cuzco, para lo cual nombró sus Capitanes: á Martín de Arbieto de Mendoza, capitán general y á Martín Meneses, capitán, vecino del Cuzco, y á otros, y publicó la guerra; envió algunos criados de su casa, lanzas y arcabuces que salieron desde Lima acompañándole; y entraron en las montañas de los Andes. Los ingas habían alzado y jurado á su modo por rey á un inga muchacho de 18 á 20 años, por ser único descendiente de la casa de los ingas, los cuales, viendo la pujanza de los españoles, no los esperaron á batalla y se fueron huyendo un río grande abajo, en pos de los cuales, en balsas, los nuestros se echaron; alcanzáronlo y prendieron al pobre muchacho y los principales de sus capitanes, con los cuales se volvieron al Cuzco muy victoriosos, y luego en el fuerte de dicha ciudad le mandó poner preso el Virrey al tal inga, (creo) sin prisiones, de las que no reservó á los capitanes. Mandó que algunos religiosos enseñasen la doctrina cristiana é imposturasen en nuestra santa fe al inga y los capitanes, bien que el inga como muchacho de poca edad aprendió

prontamente las oraciones y á poca instancia se bautizó; y lo que resultó de todo esto, que hecha información de quién era causa de tantos robos como se habían hecho, como con efecto lo eran los capitanes presos y el inga, aunque á éste por su poca edad no se le contemplaba muy culpado, no obstante, substanciada la causa les condenó Don Francisco de Toledo á muerte. Al inga lo degollaron en un cadalso, el que al tiempo de morir, dijo:—¿pues para quitarme la vida me han hecho christianar? lo que causó mucha tristeza al pueblo, y á los capitanes los ahorcaron; de que se siguió ir poblando poco á poco toda la tierra de los Andes. A los demás ingas dellos desterró para Lima, y aún juzgo que para Tierra Firme, los cuales, he oído decir, murieron en Los Reyes, como mueren muchos de los serranos, y de los que volvieron de sus causas al Cuzco libres de la Audiencia, venían tales de la tierra caliente, que en llegando acabaron sus días; de suerte que de los ingas descendientes de Huayna Cápac ninguno ó pocos han quedado.

CAPÍTULO XXIV.

EL VIRREY EN SU VIAJE SE ENCUENTRA CON EL GOBERNADOR CASTRO

Todas estas cosas concluídas y dado asiento en otras, salió el Virrey Don Francisco de Toledo del Cuzco, prosiguiendo su visita para el Collao, en el cual, en el pueblo llamado Pucará, famoso (porque allí se desbarató el tirano Francisco Hernández) se encontró ó halló al Gobernador Castro, que bajaba de la visita de la Audiencia de la Ciudad de la Plata á quien preguntando el Virrey y diciendo:—¿qué le ha parecido á V. S. de la tierra que ha visto, y yo tengo de ver? respondió:—paréceme, señor, que su Magestad debe hacer merced á los hijos descendientes de los conquistadores muy crecidas, porque sinó, nosotros que caminamos en hombros de caballeros, comiendo á cada paso gallinas, capones y manjar blanco con todo el regalo posible, no nos podemos valer de frío por destemplanza del aire y altura de la tierra, los des-

venturados que andaban por aquí descalzos, las armas á cuestas, con maíz tostado y papas cocidas ¿qué no merecen? Palabras verdaderas que procedieron de un ánimo christiano y muy prudente.—En el Reino de Chile hay una ciudad llamada Valdivia, que la pobló Dn. Pedro de Valdivia, el primer Gobernador de aquella tierra, que fué muy rica de oro y de indios, y estando el tal Don. Pedro en la plaza, sentado en un poyo arrimado á la pared de la Iglesia, en buena conversación con otros vecinos conquistadores, levantóse á deshora y comenzóse á pasear delante dellos, la cabeza baja y mustio, y uno de los que con él estaban le preguntó:—Señor no está Vmd. ahora aquí con nosotros en buena conversación y alegre, ¿qué tristeza es esa? Respondió:—rueguen Vmds á Nuestro Señor por mi salud; paréceme tengo de vivir poco (y no vivió seis meses). Y la causa de parecer estoy triste es que se me ha representado aquí ahora que están en Valladolid los niños en las cunas, y otros que se andan paseando, ó pasearán por ella (residía entonces allí la Corte) han de venir á gozar de nuestros trabajos y nuestros hijos y nietos han de morir de hambre: testigo es de esta profesía, todo el Reino.

CAPÍTULO XXV.

LLEGA Á POTOSÍ DON FRANCISCO DE TOLEDO Y DE ALLÍ Á LA PLATA

Despidiéndose en Pucará el Visorrey del Gobernador Castro, el uno para España y el otro para Potosí, el Visorrey llegó á Potosí, donde se le hizo un costoso recibimiento, donde habiéndose detenido poco tiempo, pasó á la Ciudad de la Plata, donde reside la Audiencia, y en ella presidía el Licenciado Quiñones, y los Oidores Licenciado Haro, Licenciado Ravanal, todos eminentes y buenos jueces. Sirvióle la ciudad con un caballo del más galano pellejo que se ha visto, no parecía sino un brocado, de tres altos, (así) crin y cola blanca y muy bueno, en quien entró debajo de su palio.

CAPÍTULO XXVI.

DE LAS TASAS Y COSAS DE POTOSÍ

En esta Ciudad de la Plata concluyó la tasa de los indios á ella sujetos y los de la provincia de Chucuito y dió asiento á muchas cosas acerca del cerro de Potosí y azogue; tasó los jornales que se habían de dar á los indios señalados para el cerro, hizo muchas ordenanzas acerca del buen gobierno de los naturales y españoles, justas y aprobadas después por el Consejo Real de las Indias, empero, pocas se guardan. Había en esta ciudad, como en otras muchas, ciertos amancebamientos con indias, quízoslos castigar públicamente y cierto día á deshora, vemos entrar al Presidente Quiñones, Matienzo y Recalde y ellos propios sacar las indias de los tales españoles, y entregándolas á los alguaciles las llevaron á la cárcel; así las desterró y condenó á plata á los españoles, y algunos resultos con mujeres casadas; también en esta ciudad acabó las cuentas que había comenzado á tomar en el asiento de Potosí á los oficios reales, de que resultó privar de los oficios propietarios que tenían el Tesorero Robles y al Fattor Juan Anguziana.

CAPÍTULO XXVII

SALIERON LOS CHIRIGUANAS Á B. L. M. Á DON

FRANCISCO DE TOLEDO

En esta misma ciudad salieron ocho indios chiriguanas á besar las manos al Visorrey Don Francisco de Toledo, y alegrándose dello recibíoles muy bien, agasajóles, y fingidamente le dijeron no querían más guerra ni enemistad con los christianos, ni hacer mal en chácaras, como dos años antes lo habían hecho, y que si su excelencia quería admitir el pacto, traerían curacas é indios principales con quienes se sen-

tase el trato; y como el Virrey respondiese que sí, desde luego enviaron á sus tierras y vinieron algunos curacas é indios, y llegados que fueron á la ciudad y las casas del Virrey les mandó entrar á su cuarto, y después de haberle hecho su embajada, le dicen que todos los curacas de los chiriguanas y demás indios los envían al Apo (que así nombran ellos á nuestro Virrey) para hacer saber como ya ellos no quieren guerra con christianos, ni comer carne humana, ni tener acceso á sus hermanas, sino servir á Dios y ál rey de Castilla y ser bautizados y christianos, porque Dios les había enviado un ángel, á quien después llamaron San Yago, que de parte de Dios les dijo se apartasen destos vicios, y enviasen al Apo del Perú á pedirle hombres de la casa de Dios para bautizarlos é industriarlos en cosas de la fe; y en señal desto ser verdadero traían aquellas cruces, y pues no dijeron se las había dado aquel ángel fueron inadvertidos, porque también fueran creídos.

CAPÍTULO XXVIII

DEL VISORREY D. FRANCISCO DE TOLEDO

CONVOCA AUDIENCIA SEDE VACANTE Y PRELADOS DE LAS ÓRDENES

PIDE PARECER

Hecho ésto, otro día el Visorrey, para las dos después de medio día, convocó la Audiencia, Sede vacante, prelados de las órdenes, Cabildo de la ciudad y letrados de la Audiencia, y los más principales del pueblo para leerles la relación que se había tomado de los chiriguanas que trujeron las cruces. En nuestra casa á la sazón porque el superior estaba ausente, el vicario del convento mandóme fuese á verlo, que el Visorrey quería no sabíamos qué. Llegada la hora y entrando en la cuadra donde el Visorrey yacía en su cama, á la cabecera se sentó el Presidente Quiñones y luego los oidores por su antigüedad; de la media cama para abajo corrían las sillas para los prelados de las órdenes. Yo tomé el lugar de mi orden, luego el guardián de San Francisco, prior de San Agustín y comendador

de Nuestra Señora de las Mercedes; leyóse la relación de tres pliegos de papel, los que vienen á plazeno, admirándose hacían muchos visajes con el rostro y cuerpo; otros, los menos, reiáanse que se diese crédito á indios chiriguanas. Finalmente, el Virrey habló en general refiriendo algunas cosas de las en la relación puestas y luego volvió á hablar con las órdenes pidiendo parecer sobre lo que los indios pedían, haciendo grande hincapié en la veneración y reverencia que hicieron al adoratorio y la que tenían ó mostraban tener á la cruz. Y repitiendo como visto el adoratorio, se humillaron sin hacer caso del mismo Visorrey ni de los demás que allí estaban, y pidió parecer si sería bien enviar á la tierra chiriguana algunos sacerdotes, creyendo ser milagro la ficción destes come-gente; porque pedir parecer si era ficción no le pasó por el pensamiento; siempre el Visorrey y los de su casa creyeron ser verdad. Es así cierto que como se iba leyendo la relación y viendo el crédito que se daba á estos más que brutos hombres, come-gente, me carcomía dentro de mí mismo y quisiera tener autoridad, para con alguna cólera, decir lo que sentía. Sabía y había oído decir de las costumbres destes chiriguanas y sus tratos; empero, guardando el decoro que es justo, luego que el Visorrey pidió parecer á las órdenes, yo, aunque no era prelado, sino representaba el lugar de nuestra religión, levantándome y haciendo el acatamiento debido, sin saber hasta aquel punto para qué éramos llamados y, tornándome á sentar, dije:—no se admire VE. que estos indios chiriguanas hagan tanta reverencia á la cruz, por que yo me acuerdo haber leído los años pasados dos cartas que el reverendísimo desta ciudad, fray Domingo de Santo Thomas, que está en el cielo, de nuestra sagrada religión, llevó consigo á Los Reyes yendo al sínodo episcopal, de un religioso carmelita, escritas al señor Obispo, el cual entre estos indios andaba rescatando indios chaneses (en diciendo estas palabras no habiendo concurrido SS^{as} sin dejarme pasar más adelante, el Presidente de la Audiencia, el Licenciado Quiñones; diré:—no hubo tal carmelita; empero, estando yo cierto de la verdad que quería tratar, respondí:—si hubo; el Presidente por tres veces y más contradiciendo, y yo por otras tantas afirmando mi verdad. En fin, el Licenciado Recalde, Oidor de la Audiencia, volvió por ella y dijo:—señor Presidente razón tiene

el padre fray Reginaldo, un religioso carmelita anduvo cierto tiempo entre ellos. Callando el Presidente y esta verdad declarada, prosiguió mirazonamiento y dije:—Estas cartas, el reverendísimo cierto día después de comer y de una conclusión, que cotidianamente se tiene de Teología en el general de ella, las sacó al padre prior que á la sazón el padre fray Alonso de la Cerda (después obispo de esta ciudad) dijo:—mande V. P. se lean estas cartas que dará gusto oírlas á los padres. El señor prior me mandó las leyese y en ellas el padre carmelita, después de dado al reverendísimo alguna cuenta del sitió de la tierra, le decía haber no sé cuántos años, de tres ó cuatró, que entraba y salía en aquella tierra, trataba con estos chiriguanas y les predicaba y no le hacían mal alguno, antes le oían de buena gana á lo que mostraban, y tenían hechas iglesias en pueblos á las cuales llamaban Santa María, en cuyas paredes había pintadas muchas cruces, mas que no se atrevía á bautizar á ninguno, ni decir misa, ni para esto llevaba recado: dejábalo en la tierra de paz; á los niños juntaba cada día á la doctrina y se les enseñaba nuestra lengua y la letanía.

Delante de las iglesias había hecho su placeta en medio de la cual tenía puesta una cruz de madera, muy alta al pie de la cual, en cada pueblo, enseñaba la doctrina y otras veces en la iglesia; persuadía á todos los indios grandes y menores que pasando delante de la cruz hiciesen la reverencia y más decía; que faltando un año las aguas y las comidas secándose (no es tierra muy lluviosa) vinieron á él los chiriguanas del pueblo donde residía, y le dijeron, las comidas se nos secan, ruega á tu Dios nos dé aguas sinó te mataremos; el cual oyendo la amenaza dice que se recogió en su oración lo mejor que pudo, encomendándose á Dios con todos los niños de la Doctrina; púsose con ellos de rodillas en la plaza, delante de la cruz, comenzando la letanía con la mayor devoción que pudo. Al medio de la letanía, revuélvese al Cielo y llovió de suerte que no pudiendo acabarla donde la había comenzado, se entró con los niños en la iglesia para acabarla y dende entonces les proveyó Nuestro Señor de aguas; el año fué abundante de sus comidas. Hecho ésto y pasado aquella agua, luego hizo su razonamiento á todos los indios que á la letanía se hallaron presentes, persuadiéndoles diesen gracias á Dios Nuestro Se-

ñor, se encomendasen y reverenciasen mucho la cruz. Decía más: que entre otras cosas que les procuraba persuadir, y algunas veces salía con su intento, era que no comiesen carne humana, por lo cual viendo que ya tenían á pique de matar al chanes para se lo comer, se los quitaba, y aún casi por fuerza y no se enojaban contra él; otras veces no podía tanto, reprendíales gravemente ser deshonestos con sus hermanas y refería que un chiriguana enamorado de su propia hermana y ella no arrostrando á esta maldad, hallándola un día en parte donde le pareció poner su maldad en ejecución, ella se le escapó de las manos y corriendo se le entró en la iglesia, donde el pecho chiriguana y bestial no se atrevió á entrar; y visto por la hermana le dijo:—bellaco, yo diré al padre te castigue, no se te acuerda que nos dice que nos manda Dios no hagamos esta maldad? La muchacha diciéndoselo reprendió al hermano ásperamente; reprendíales gravemente el vicio bestial de comer carne humana, lo cual algunas veces le respondían la comían asada ó cocida, pero que no 30 leguas de allí habían otros indios muy dispuestos llamados Tobas, que la comían cruda. Estos eran malos hombres y no ellos, por que cuando van en el alcance, al indio que cogen echándoselo al hombro y corriendo tras los enemigos se lo van comiendo vivo á bocados, y que si quería le llevarían á la tierra de estos gigantes; á los cuales por verlos hizo le llevasen allá y decía que los había visto desde un cerro; mas que no se atrevieron á bajar á lo llano, y á su parecer, serían de estatura tres varas y media ó cuatro de alto fornizados, y visto dió priesa á los chiriguanas se volviesen antes de ser sentidos; y este valle dista á su parecer no 100 leguas de la Ciudad de la Plata. Todo esto, dije, yo leí en el lugar referido, por lo cual no es milagro revérencien tanto á la cruz enseñados por aquel padre carmelita. En lo tocante al milagro que dicen Dios le ha enviado un ángel que les predica y ha mandado vengán á VE. á pedir sacerdotes y lo demás, téngolo por ficción, y aún por imposible, por que esta es una gente que no guarda un punto de ley natural, tanta es la ceguera de su entendimiento y á estos enviarles Dios un ángel, no es creíble, porque es doctrina de varones doctos que si hubiese algún hombre gentil que en la edad presente guardase la ley natural, volviéndose á Nuestro Se-

ñor con favor suyo, su Magestad le proveería de quien le diese noticia de Cristo; por que dice San Pedro que en otro no hay ni se haya salud para la ánima, como envió á San Pablo á Cornelio y á Philipo Diácono al eunuco, y á los reyes magos trujo con una estrella, aunque no niego que Nuestro Señor, usando de su infinita misericordia, no pueda hacer con éstos lo que dicen, pues los hombres igualmente le costamos su vida y sangre; más lo que ahora éstos dicen, téngolo por falsedad y ficción.

En lo que toca irles á predicar, si la obediencia no me lo manda; no me atreveré á ofrecerme á ello; iré trompicando, lo que estos pretenden es: saben que VE. hizo guerra al inga le sacó de las montañas donde estaba, trújolo al Cuzco é hizo de él justicia y temen VE. ha de hacer otro tanto con éstos, por los daños que en los vasallos de su Magestad y en los pobres inocentes han hecho y hacen y quieren entretener á VE. hasta que tengan todas sus comidas puestas en cobro; y los chiriguanas que están ahora en esta ciudad á la primera noche tempestuosa se han de huír y dejarán á VE. engañado. Dicho esto y otras cosas, hecho mi acatamiento, concluí mi razonamiento. El padre guardián de San Francisco, llamado fray Diego de Illanes, pidiéndole su parecer, dijo:—no parece, excelentísimo señor, sino queremos negar los principios de philosophia, sino que Nuestro Señor ha guardado la conversión destes chiriguanas para los felicísimos tiempos en que VE. gobierna estos reinos, y poco más dicho cesó. El padre prior de San Agustín, fray Guillermo, no era hombre de letras, buen religioso, remitióse al parecer de los que mejor sintiesen; lo mismo hizo el padre comendador de las Mercedes; el padre fray Juan de Vivero, que acompañaba al padre prior de San Agustín, dijo: que iría de muy buena gana á predicarles como en público y en secreto había dicho muchas veces. El Virrey, oído ésto, pidió parecer al padre fray García de Toledo, de quien habemos dicho ser hombre de muy bueno y claro entendimiento, que un poco apartado de nosotros tenía su silla, diciéndole:—y á vuesamerced, señor padre fray García ¿qué le parece? No respondió palabra al Visorrey, sino vuelto contra mí, dice:—con el de mi orden lo quiero haber, y yo púseme un poco sobre los estribos viendo ser una hormiguilla y mi contendor un gigante, y dijo—¿Cómo dice

V. Reverencia lo afirmado? ¿no sabe que Diosenvió un ángel á Cornelio?—Respondí:—sí; y también que antes que se lo enviase ya Cornelio, dice la Escritura, era varón religioso y temeroso de Dios y cuando llegó San Pablo hacía oración al mismo Dios; luego nos barajaron la plática, y yo quedé por gran necio y hombre que había dicho mil disparates sin haber quien por la verdad, ni por mi se atreviese hablar una palabra.—Es gran peso para inclinarse los hombres aún contra los que sienten ver inclinados á los principios á lo que pretenden, por ser necesaraió pedir del cielo para declararles la verdad, no digo lo tuve ni lo tengo, más dióme Nuestro Señor entonces aquella libertad cristiana.

CAPÍTULO XXIX

HACE EL VISORREY INFORMACIÓN DEL MILAGRO

Persuadido el Visorrey don Francisco de Toledo que los indios chiriguanas le trataban verdad; para más en ella confirmarse y confirmar á otros, determinó hacer una información de todo, y fué con toda solemnidad, con asistencia del Virrey, Presidente de la Audiencia, Deán de la Plata, el Doctor Urquiza, el Licenciado Villalobos, Vicario general por la Sede vacante, tres secretarios, tres lenguas, un religioso nacido y lego del Río de la Plata y el mestizo Capillas, yo me hallé á toda ella, iba por compañero del religioso lego, que así lo pedí, para ver en qué paraba esta ficción. Entraron examinando y ninguno concordaba con lo que el otro decía y yo me abrasaba viendo no podía desencajar al Virrey de creer esta ficción, como otros de los circunstantes, y por fin en el capítulo siguiente se verá que viendo los chiriguanas les daban con la entretenida de información, y recelándose tal vez alguna cosa, una noche se huyeron y se dejaron burlados á los incrédulos después de haber escrito en la información ochocientas y cinco fojas, poco más ó menos.

CAPÍTULO XXX

LOS CHIRIGUANAS SE HUYEN

El Visorrey Dn. Francisco de Toledo, hecha la información, fué deteniendo á los indios chiriguanas sin dejarles volver á sus tierras, lo cual ellos sintiendo determinaron huírse; ésto fué descubierto y el Virrey mandó que de una casa que les había dado un poco apartada del pueblo en la parroquia de San Sebastián, se mudasen á otra dentro del pueblo donde se tuviese un poco de más recaudo con ellos y si se huyesen luego fuese sabido. Sucedió, pues, así: que venida una noche tempestuosa, como las suele haber en aquella ciudad y en toda la provincia, se huyeron todos los que habían quedado, y entre ellos Baltazarillo y el chiriguana llamado inga Condorillo. Luego que el Visorrey antes de amanecer lo supo, dijo á sus criados que sin quedar ninguno los fuesen á buscar y los trajesen; alborotóse el pueblo y saliendo mucha gente con caballos dan con Baltazarillo y otros tres, los que trajeron al Virrey; los demás se escaparon y antes de llegar á su tierra hicieron cuatro ó cinco muertes en el camino; y ésto era porque venían contritos á pedir la Ley divina; y por fin, se conoció que lo que yo dije era verdad, pero primero que saliese andaba como corrido sin atreverse á hablar, ni haber quien se atreviese de los pocos que conmigo concordaban y sentían, aunque después que los recogieron de la Plata, algunos libremente y sin rebozo decían su parecer.

CAPÍTULO XXXI

EL VISORREY DETERMINA IR Á LOS CHIRIGUANAS EN PERSONA

Sintió gravemente el Visorrey la huída de los chiriguanas, como á quien unos indios bárbaros así burlaron, por lo cual y porque convenía hacerles guerra ó sujetarlos, deter-

minó él en persona ir á castigarlos y de allí entrar en Santa Cruz de la Sierra y sacar á Don Diego de Mendoza y justiciarle, como lo hizo después, y de un tiro matar dos pájaros. Sacó tiendas, las cuales se armaron delante de su casa, nombró Capitán General á Don Grabiél Paniagua, vecino de la Plata, hombre muy rico, Comendador de Calatrava; por Maestre de Campo á Don Luis de Toledo, su tío; tuvo para esta determinación muchos consejos con la Audiencia, la que nunca vino en que el Virrey fuese en persona á los chiriguanas, sino que cerca de allí había hombres que toda la vida estaban guerreando con los chiriguanas y como experimentados, si se les hacía el encargo, no hay duda darían cuenta de sus personas, pero nunca se pudo convencer al Virrey á que dejase de ir.

CAPÍTULO XXXII

EL VIRREY PIDE PARECER SI DARÁ POR ESCLAVOS Á LOS CHIRIGUANAS

Determinado el Virrey de entrar en persona contra estos come-hombres, enemigos comunes del género humano, llamó á consulta á la Audiencia, Sede vacante, Cabildo de la ciudad y á las órdenes, y algunos letrados; si podía dar lícitamente por esclavos á los chiriguanas que se prendiesen en aquella guerra, á que respondió el Deán y demás circunstancias que sí, y aunque preguntándome á mí el Visorrey, respondí, que me conformaba con el asentir de los demás señores, excepto que se debían dar libres á los niños inocentes, en esta forma: que vencidos, su Excelencia los entregase donde le pareciese y á quien gustase, pero no en sonido de esclavos para venderlos, si solo para servirse dellos.

El Virrey dijo era piadoso parecer, empero no lo queriendo admitir, mandó al general Dn. Grabiél saliese á la plaza y con la solemnidad acostumbrada publicase á sangre y á fuego la guerra contra estos chiriguanas, declarándolos y dando por esclavos á todos cuantos en ella se rindiesen y prendiesen, lo cual hizo luego y en la plaza públicamente se publicó y pregonó como el Virrey lo mandaba.

CAPÍTULO XXXIII

EL VISORREY MANDA SE ENTRETENGA Á LOS CHIRIGUANAS
POR EL CAMINO DE SANTA CRUZ

Publicada la guerra á fuego y sangre y dados por esclavos los chiriguanas, mandó el Virrey al General Don Grabiél que con 120 soldados, sin la gente de su casa, entre contra estos enemigos por el camino que vá á Santa Cruz de la Sierra y procure allanar al cacique Vitapue, que está en medio del camino, ó á lo menos impedirle que no pueda ir á socorrer á los demás contra quienes el Visorrey entraba; apercibióse el General de lo necesario y con los soldados dichos tomó su camino; lo que le sucedió diremos en concluyendo con el Visorrey.

Partió pues el Virrey llevando en su compañía las lanzas y arcabuces para la guarda de su persona; salieron con el Visorrey poco más de 400 soldados, deseosos de concluir con esta canalla; la primera jornada fué legua y media en un valle que llaman Yotala, donde se acabó de juntar el bastimento necesario de carnes y demás para la gente. Llegando pues á las puertas de las montañas chiriguanas, luego despachó al Capitán Juan Ortiz de Zárate con su compañía de 50 soldados, sin otros diez que le dió, viejos, á un pueblo llamado Tucurube, el cual llegó á tan buen tiempo que no halló en él indio que le pudiera hacer resistencia, por haber cuatro días se habían partido á cazar indios chaneses; hallóse aquí comida de maíz, fríjoles, zapallos, yucas y otros mantenimientos. Oí decir pasaban de treinta fanegas de las especies dichas; apoderáronse los nuestros de todo; las mujeres que huyeron al monte dieron parte á sus chiriguanas de que los christianos se habían apoderado del pueblo, y dentro de pocos días volvieron los chiriguanas, no todos, sino los más principales, entrando como de paz; y de aquella suerte fueron engatando al Capitán y los soldados, y una noche hicieron los chiriguanas un destrozo fatal y luego se huyeron al monte.

CAPÍTULO XXXIV

EL VIRREY NOMBRA POR CAPITÁN Á SU CAMARERO
Y LO ENVÍA Á MARUCATE

Prosiguiendo la tierra adentro el Visorrey con su campo, lo sentó en cierta parte cómoda, de donde nombrando por Capitán á Francisco Barraza, su camarero, le mandó escogiese 50 hombres en todo el ejército y con ellos fuese á su pueblo del curaca Marucate. Hízolo así, tomando los cincuenta hombres, y saliendo con sus caballos hasta el pie de una cuesta por donde no se podían aprovechar dellos, y el pueblo estaba fundado en lo alto della; y finalmente, llegando á lo alto y viendo los indios no les podían hacer resistencia, se huyeron con sus hijos á la montaña, dejando las casas desamparadas. Los nuestros, cuando llegaron, ya llevaban alguna hambre, y entrando en las casas dieron en una olla grande llena de maíz cocido; metían las manos y á puñados sacaban el mote, lo que comían con mucho gusto; empero, uno metiendo la mano un poco más adentro, encontró con un brazuelo de un niño; sacólo afuera sin saber lo que sacaba. en viéndolo todos que era carne humana fué tanto el asco que recibieron que lo comido y lo que más tenían en el cuerpo con grande asco lo lanzaron fuera, y sin hacer otro efecto se volvieron al Real: no hallaron bastimentos porque los indios los tenían puesto en cobro.

CAPÍTULO XXXV

EL VISORREY MANDA VOLVER EL CAMPO AL PERÚ

Habiendo vuelto al campo hallaron al Visorrey enfermo y los soldados con más hambre que comida, por cuyo motivo determinaron volver al Perú. Viendo, pues, el Virrey su poca salud y que el Licenciado Recalde le aconsejaba saliese

con el campo de aquella tierra, determinó mandar se diese la vuelta al Perú, por estar el campo muerto de hambre, y los que más la padecían eran los pobres indios, que si encontraban algunas sillas se comían los cordobanes y guarniciones; todo el Real venía casi á pie, porque los caballos de cierta yerba que comían se quedaban estacados haciendo es pumarajos; con mucho trabajo salió el Virrey á la tierra del Perú, á un valle llamado Tomina, sin que en el camino recibiese daño alguno de los chiriguanas, que no hay duda fué ésto obra de Dios Nuestro Señor, porque con ser gente que no pelea sino de noche y á traición, si de noche fueran dando arma en el campo, no hay duda los desvelaran é hicieran estar en arma toda la noche; hambrientos y sin fuerzas para tomar las armas, era muy contingente no volvieran la quinta á este Reino. Habiendo dado parte á la Audiencia y á la ciudad cómo venían todos hambrientos y destrozados, salió con la brevedad posible el Presidente Quiñones á les llevar refresco, el cual llegando al valle de Tomina y sabiendo cuanta más necesidad traían de las que en cartas se habían significado, y que los gastadores estaban ya cerca, y casi arriados á los árboles, tomando su mula y en ella unas alforjas, y los demás que con él iban haciendo lo mismo, con la priesa posible llegaron donde los gastadores estaban, entre los cuales hallaron dos ó tres ya arrimados á unas peñas, los ojos vueltos en blanco, de hambre. Animóles y dióles del refresco que llevaba, con lo cual los volvió en sí, y avisó al campo cómo habían llegado con bastimento y otro día sería con ellos, y con ésto unos con otros se animaron y llegaron al valle nombrado Tomina, donde fueron muy caritativamente recibidos de los que en él habitaban, españoles chacareros, que con toda liberalidad les daban de comer vaca, ternera, cabritos, y ellos y sus mujeres masando de día y de noche pan para los que á sus casas llegaban con no poca pérdida del crédito español.

CAPÍTULO XXXVI.

LO QUE SUDEDIÓ AL GENERAL DON GRABIEL PANIAGUA

El General Paniagua prosiguiendo su viaje por donde le fué mandado con 120 soldados, entró en la tierra chiriguana sin que los indios se le atreviesen á salir al camino ni estorbar el paso. Puesto, pues, en medio de las montañas chiriguanas no sabía cosa alguna del Virrey, hasta que de un cerro le dijeron los enemigos todo lo que pasaba en el campo del Virrey, la mucha enfermedad y hambre, y que el Virrey había dado la vuelta al Perú. El General viendo esto y que las aguas iban entrando, determinó de dar también la vuelta al Perú y saliendo sacó toda su gente sana y salva, sin que nadie le hubiese hecho la menor contradicción, si solo unos caballos que se le huyeron una noche por haberse desatado de los sitios donde estaban. En llegando á tierra de paz, luego fué cierto de lo que los chiriguanas le habían dicho, y viniendo para la Ciudad de la Plata halló en ella, días había, al Virrey enfermo.

CAPÍTULO XXXVII.

DESPIDE LOS SOLDADOS EL VIRREY Y LLEGA Á LA
CIUDAD DE LA PLATA

En este valle de Tomina despidió los soldados y descansó el Virrey hasta adquirir unas pocas de fuerzas, las cuales en dándole los aires del Perú comenzó á recobrar, pero no de manera que se pudiese tener en pié ni dar un paso; y sintiéndose con algunas más fuerzas se puso en camino para la Ciudad de la Plata, donde llegó en una literilla de hombros, en que le traían dos lacayos, tan flaco y desfigurado que se tuvo poca esperanza en su salud; pero Nuestro Señor se la dió. Sano ya del todo y compuestas algunas cosas to-

cantes al gobierno de aquella provincia, de allí á cinco meses tomó el camino para Potosí y hallando que muchos de los que tenían indios para sus ingenios se habían ocupado más en recoger metales de los desmontes y traspasar la ordenanza por él hecha que en beneficiar y labrar sus minas, les condenó á tres tomines ensayados por quintal, con los cuales entró en la Caja Real lo que délla había sacado para la guerra chiriguana, y lo demás repartió en los que más habían gastado, como fué el Licenciado Recalde y á otros. Partió de Potosí, asentado todo lo necesario para su buen gobierno, para la ciudad de La Paz, de allí á Arequipa, de donde se fué á embarcar, creó á la playa de Chilca. Embarcado, pronto llegó al puerto del Callao de la Ciudad de los Reyes, donde fué muy bien recibido.

CAPÍTULO XXXVIII

DEL CAPITÁN FRANCISCO DRAQUE, INGLÉS, QUE ENTRÓ POR EL ESTRECHO DE MAGALLANES

El año de 77, así como en España y toda Europa pareció en la misma región del aire el más famoso cometa que se ha visto, también se vió en estos reinos á los 7 de octubre con una cola muy larga que señalaba el estrecho de Magallanes, que duró cuasi dos meses; el cual pareció ser anuncio que por el estrecho había de entrar algún castigo, enviado de la mano de Dios por nuestros pecados, como sucedió que dende á dos años poco más ó menos que se acabó y el Visorrey Dn. Francisco de Toledo residiendo en la Ciudad de los Reyes, entró en el puerto de ella un navío inglés enemigo, con un capitán llamado Francisco Draque, de noche, sin que tal se imaginase. Este capitán inglés, luterano, con orden de la Reina María, inglesa y también luterana, una de las malas hembras que ha habido en el mundo, se aventuró con tres navíos á venir á robar estos reinos y hacerse señor de la mar, caso jamás imaginado y de ánimo más que inglés. El, estando en el puerto anduvo preguntando si el navío de San Juan de Antón estaba en el puerto, que no sabemos quién le dijo

se había fletado en él la cantidad de plata que le tomó; pero de un maestro ó piloto fué conocido, el cual de su navío, echándose á nado, salió á tierra diciendo arma. Alborotóse toda la gente, que sería poco menos que á media noche, luego despáchase al Virrey no sabiendo ni diciendo si era navío de luteranos alzados en el Reino ó en Chile. El Virrey, oída la nueva, tocan cajas y en las calles arma, arma, sin saber contra quién. Con todo eso, al amanecer entró en el puerto y toda la ciudad en él, sin arcabuces ni artillería. El Francisco no se atrevió ni le convenía saltar en tierra, porque en las ventanas de las casas rompiendo sábanas y por las puertas hicieron mechas y las encendieron y aquel luterano creyóse eran arcabuces. Habiendo picado muchos cables y los navíos sin amarras, andando de aquí allí, él se apartó y pretendió salir del puerto y seguir su viaje, sino que le faltó el viento y cuando el Virrey llegó al Callao le vió y todos los demás en calma, las velas pegadas á los mástiles, empero, como no tenía armas ofensivas más que espadas, cotas pocas, no se atrevió á enviar contra él algunos bateles grandes y barcos de pescadores, que si hubiera con qué equiparlos y arcabuces, armando cinco ó seis contra él, antes que viniese la marea, pudiera ser le rindieran y le hicieran pedazos el timón; pero no habiendo un grano de pólvora en la ciudad, no se podía hacer ésto.

El navío inglés luego que entró la marea salió fuera del puerto, y navegando, descubrió el navío de San Juan de Antón donde iban más de 400.000 pesos, los 300.000 para su Magestad. Luego que el inglés lo tuvo á tiro, disparóle una pieza de artillería, y los nuestros pensando se burlaba y que sería navío de los que habían quedado en el Callao, no hicieron caso, conque arrimándose más el navío inglés le abordó y quitó (sin que los nuestros hiciesen la menor defensa) todo el dinero y demás hacienda que llevaban, y ésto que en el puerto de Arequipa habían robado á otro navío 82,000 pesos y en la costa de Chile había dado otros muchos asaltos.

El dicho inglés prosiguió su viaje á la costa de México, donde tomó otro navío que del puerto de Aguatulco había salido destos Reinos cargado de mercaderías, y como no venía por ropa sino por plata, dejóle ir, y tomando algunas

cosas de que tenía necesidad, cuales eran velas y jarcias, y sus soldados tomaron algunos fardos de ropa, no en mucha cantidad. Pásando adelante, siguió la derrota á la China sólo (porque no pudo descubrir los otros dos navíos que sacó de Inglaterra). De allí volvió á entrar en el mar Océano y de allí á Inglaterra, cargado de barras de plata.

CAPÍTULO XXXIX

LA INQUISICIÓN VINO Á ESTE REINO

Al mismo tiempo que su Magestad proveyó por Visorrey de estos Reinos á Don Francisco de Toledo, proveyó también inquisidores que residiesen en la Ciudad de los Reyes; un proveimiento acertadísimo y necesarísimo, en lo cual se manifestó cuanta verdad sea que el corazón del Rey está en las manos de Dios. Envió, pues, su Magestad dos varones tales cuales convenía para sentar la Inquisición. Uno fué el Licenciado Bustamante, que murió en Tierra Firme, y el Licenciado Cerezuela; á Bustamante sucedió el inquisidor Don Antonio Gutiérrez de Ulloa, todos en sus facultades muy doctos, grandes christianos, de mucho pecho y no menos prudencia; dotados del mismo Dios de las partes requisitas para el oficio. Vino Fiscal el Licenciado Alcedo, Secretario Ambrosio de Arrieta, todos cuales se requerían. Entraron en la Ciudad de los Reyes, é hízose el recibimiento conforme á lo ordenado por su Magestad. Sentaron la Inquisición prudentísimamente y comenzaron á hacer su oficio con tanta rectitud y christiandad como se requiere; luego se vió la que della había y cómo fué inspiración divina que su Magestad la enviase, pues corría gran riesgo la christiandad en estas partes por los muchos luteranos, como luego les echó mano el Santo Tribunal; y hecho el primer auto, que fué famoso, el Licenciado Cerezuela proveyéndole Su Magestad una silla episcopal de los Charcas, no la aceptó, antes pidió licencia para se volver á España, la cual fué alcenzada; llegando á Cartagena dentro de pocos meses, loabilísimamente acabó sus días. De allí á poco tiempo murió el inqui-

sidor Ulloa con gran sentimiento de la ciudad y aún del Reino. También murió antes el Secretario Arrieta y el Licenciado Alcedo, Fiscal, ambos acabaron loablemente. En lugar del señor Arrieta los inquisidores nombraron por Secretario, mientras de España venía, á Melchor Pérez de Maridueña, suficiente para el oficio por su mucha virtud y christianidad, y en lugar del Licenciado Alcedo á Don Pedro de Arpide, el cual murió en Cartagena de camino para España. En lugar del Secretario Arrieta vino de España proveído Gerónimo de Lugui, varón de muchas y muy buenas prendas y loables costumbres, con las demás partes que para el oficio se requieren, como la experiencia lo ha mostradó y muestra.

CAPÍTULO XL

DE LAS VIRTUDES DEL VIRREY DON FRANCISCO DE TOLEDO

Al Virrey Don Francisco de Toledo dotó Dios Nuestro Señor de muchas y muy buenas calidades y partes, como quien lo había criado para gobernar; dióle boníssimo entendimiento, subtilíssimo, era amigo que en pocas palabras le propusiesen y respondiesen. En su tiempo, como hemos dicho, se descubrió el azogue; envió mucha plata al Rey nuestro señor, así de los quintos como de otras cosas, y de un año á otro prometía más y lo cumplía; no admitía dádivas ni cohechos; sacó la Universidad y púsola donde como dijimos dió principio el Sr. Dn. Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, de gloriosa memoria; fundó el Regimiento de San Juan de la Penia. Dábale mucho gusto se dijese dél deshacía motines. Fué el primer Virrey que mandó le predicasen en Palacio; salía pocas veces á caballo á pasear por la ciudad, lo que era frecuente en sus predecesores; y por fin, con haber reducido á los indios desvariados, (que eran sin número) á pueblos, hizo una cosa digna de eterna memoria, y habiéndose retirado á España, después de trece años de virreinato, murió de una apoplegía, que aún no le dejó testar.

CAPÍTULO XLI

DON MARTÍN ENRÍQUEZ VIRREY DESTOS REINOS

Importunado su Magestad del Rey Philipo nuestro señor por Don Francisco de Toledo, Visorrey, proveyó en su lugar á Don Martín Enríquez, Visorrey de México, el cual vivió en este Reino, poco más de dos años, gran gobernador, christiano y limosnero; su salario, que son cuarenta mfl ducados, repartía entre los pobres, hecho tres partes: la una á éstos, la otra para su plato y la otra para sus hijos, y ésto era con gran economía. Gobernó en este poco tiempo todas las cosas del Reino con no menos prevención que los demás, así en lo que toca á mirar por el aumento de la christianidad, como por los intereses de la Real Corona, sin para ésto acrecentar los repartimientos á los indios, ni que ninguno le motejase de tirano á la Patria; mas como Nuestro Señor fué servido llevarle para sí, á todo el Reino dejó en gran tristeza; fué muy llorada y sentida su muerte de toda la tierra en general, y en particular de los pobres; murió recibidos todos los sacramentos. Hízosele solemníssimo entierro en el convento de San Francisco.

CAPÍTULO XLII

EL CONDE DEL VILLAR VISORREY DESTOS REINOS.

Por la muerte del excelentíssimo y gran limosnero Don Martín Enríquez, su Magestad proveyó á Don Fernando de Torres y Portugal Conde del Villar, boníssimo caballero y de acendrado ingenio para gobernar, amicíssimo de hacer justicia y que de ninguno de sus criados se oliese recibía la menor cosa del mundo. Sucedió en el tiempo de su gobernación que por el Estrecho de Magallanes entró el capitán Candelin, luterano inglés y desembocó en esta mar con tres navíos, el

uno de alto bordo, los dos pequeños, y descubriéndose en la tierra de Chile, luego el Gobernador Don Alonso de Sotomayor, en un navío, despachó avisando de lo que había, y llegando á Los Reyes dió su aviso al Visorrey, que lo agradeció mucho y aún prometió hacer mercedes; la ciudad se puso en arma, y el Callao. Los capitanes nombrados por su excelencia fueron por su mandato participando á las ciudades y pueblos circunvecinos acudiesen para tal día con sus armas y caballos, y aunque es verdad pasó por delante del puerto del Callao el enemigo con sus navíos, pero no se atrevió á entrar y prosiguiendo su camino hasta el puerto de la Navidad, en la costa de México, delante de Guatulco, donde vienen á reconocer los navíos de la China, allí vino uno muy grande; dicen traía gran porción de oro de mercadería. Como venía descuidado, sin armas, facilísimamente le rindió, y dejando azotado al Reino de México, volvióse á su tierra con mucha más hacienda que llevó el otro luterano Francisco Draque. En el tiempo que el Virrey vivió gobernando, que fueron 6 años siempre tuvo la ciudad y puerto muy abastecidos de pan y demás necesario; tuvo ánimo para hacer lo que ninguno de sus antecesores desde Don Francisco de Toledo acá, que fué asentar las alcabalas. Mandábaselo así su Magestad expresamente. Oí decir á un criado suyo, y fidedigno, que muchas noches se le pasaban sin poder dormir antes que las pregonase, buscando unos y otros medios cómo sin riesgo del Reino se sentasen, y viendo las dificultades que se le ofrecían todo era superior; por una parte temía alguna rebelión; por otra, si no lo hacía, perdía mucho de su crédito con su Magestad que le mandaba con los mejores medios que pudiese las asentase, y no las dejase de asentar; finalmente, dióse tan buena maña que las publicó, asentó é hizo recibir, y aunque se temió algún escándalo (no en la ciudad de Los Reyes) sino en las demás del Reino, fué Nuestro Señor servido se aceptasen como justísimo derecho debido á su Magestad y no se paga sino á Dios.

CAPÍTULO XLIII

QUITO SE REBELA SOBRE RECEBIR LAS ALCABALAS.

Entre todas las ciudades destes reinos sola la de Quito no quiso acudir á lo que al servicio de su rey debía; en la cual no sé cuantos criollos de poco juicio, particularmente al que tomaban por cabeza, un muchacho de 30 años, de poca cordura y menos experiencia, hijo del Contador Francisco Ruíz, á quien conocí con bastantes haciendas; éstos con otros nacidos en España no quisieron recibirlas y casi se pusieron en arma, á los cuales la Audiencia Real no pudo refrenar, porque tenían juntado un escuadrón de 1,800 hombres, arcabuceros, todos gente de guerra; y aunque el Marqués con cartas les persuadía se quitasen de aquella quimera en la que ninguna ciudad ni pueblo del Reino se había puesto, no había remedio de sosegarse; finalmente, quizo la Magestad de Dios Nuestro Señor que habiendo nombrado el Marqués á Pedro de Arana por Capitán general y enviándole con 200 hombres á ver si podía aquietar los motores de aquel ruido, se dió tan buena maña Pedro de Arana que sin la menor disención, fué aplacando las iras de tanto necio hasta que viéndolos sosegados entró en la ciudad de Quito, y á pocos días fué prendiendo y ahorcando á los que justificó haber sido motinadores; lo cual quieto y sosegado proveyó el Visorrey por Corregidor y con título de Capitán general á Don Diego de Portugal, caballero muy conocido y partes muy necesarias para aquella ciudad; mandando se viniese el General Pedro de Arana á la ciudad de Los Reyes para hacerle mercedes en nombre de su Magestad, al cual llegando al Callao, por la mar, donde el Marqués estaba despachando contra un inglés, como luego diremos, que ojalá llegara un mes antes, le recibió muy bien y dióle 6,000 pesos de renta por dos vidas; empero, como era muy viejo gozólo poco; dentro de breves meses murió. Otras sombras de rebelión hubo en el Cuzco de gente muy baja que excuso tratar sus officios ni ponerlos en historia, un botijero y un no se qué pagaron su desvergüenza en la horca, por que otro lugar mejor no merecían.

CAPÍTULO XLIV

TIENE AVISO EL MARQUÉS QUE UN PIRATA INGLÉS
ESTÁ EN LA COSTA

Acabado con tan buen suceso lo que de Quito se temía, á pocos meses tuvo el Marqués aviso por un navío despachado del puerto de Valparaíso de Chile, que un pirata luterano inglés, había sin se haber descubierto en otros de aquella costa, entrado en él con un solo navío de 300 toneladas, muy fuerte y muy bien artillado, y una lancha, y que derrepente como entró se había hecho señor de los navíos, donde halló matalotaje bastante de vino, tocino, bizcocho y otras cosas y luego puso bandera de paz y de rescate. Rescatáronse los navíos; pues aunque no hay orden de su Magestad para tal lo ejecutaron, por que si no los hubiera quemado el luterano. Este pescó en uno de los navíos á un piloto muy nombrado nuestro, para llevárselo mientras anduviese en nuestra costa, y siendo el tal piloto hombre muy sagaz, dispuso dar aviso (sin que el luterano lo entendiese) al Visorrey lo que había de ejecutar, armando tres navíos y dos galeras, y diciendo tuviese esta armada á la boca del puerto del Callao prevenido, que á su cuidado quedaba ponerle el navío inglés allí, sin que el luterano entendiese. El Visorrey dispuso con tan buen arte todo lo que decía el piloto nombrando, diferentes capitanes en los navíos y galeras; hombres expertos en la mar que días antes que el inglés llegase estaba todo prevenido con muchas municiones y gente de guerra.

CAPÍTULO XLV

PARTE LA ARMADA DEL PUERTO EN BUSCA DEL ENEMIGO

Con tanto y buen recado los navíos y con tanta buena gente y mejores ganas de se ver con el enemigo (ofreciendo el Marqués hacer mercedes á todos y animándolos) salimos de

la isla en busca del enemigo, que no sé si fué acertado por ternos ganado el enemigo el barlovento, que en esa mar es mucha ventaja, y en particular por esta nuestra costa. Sucede, pues, que habiéndonos hecho un poco la mar adentro, y llegado el enemigo á la playa de Chincha, luego que el Marqués lo supo, despachó un barco de pescadores con orden que no parase hasta hallar la armada, avisando al General dónde había llegado el corsario. El piloto que iba con el inglés venía cumpliendo todo lo que le había avisado al Marqués. Sábado víspera de la Trinidad del año de 94 por la tarde, hallándonos un poco en alta mar, siete leguas más abajo de donde el enemigo estaba, llega el aviso del Marqués á la capitana: el General disparó luego una pieza de artillería; llegáronse los dos navíos grusos y pataches, y resuelto fuésemos en busca del enemigo (¡oh! que disparates cometen los más expertos en la mar) y luego que nos descubrió, como nos tenía ganado el barlovento, hizo lo que le pareció, burlándose de todos los navíos, y aunque la almiranta nuestra le llegó á dar fuertes alcances, como iba sola donde no podíamos socorrerla ni ayudarle y era de menos fuerzas que el navío inglés, no se atrevió jamás á embestirle; antes sí el enemigo pudo haberla echado á pique sin estorbo de las demás embarcaciones; y el enemigo conociendo no le podíamos esperar, no quiso acometernos, y la mar andaba tan alta, que ni los de barlovento ni los de sotavento se podían aprovechar de pieza ni de arcabuz; y llegados á aferrar, mejores éramos que ellos

CAPITULO XLVI

VUÉLVESE LA ARMADA AL PUERTO

El Almirante viéndose solo en alta mar, púsose mar al través para ver si algún navío de los nuestros parecía y particular el del Capitán Manrique, el cual á hora de medio día, llegó donde estábamos, á que el Almirante mandó no se desabrazase de nuestro navío: y habido consejo, pareció se debía ir al puerto en busca del General para seguir su orden; y no le ha-

llando en el mar, cuatro leguas antes de entrar en el puerto, despachó el Almirante á un criado suyo dando parte al Virrey de lo que pasaba, y que sin su orden y mandato no volverían al puerto; y vista por el Visorrey la relación mandó se viniese al puerto y que tomando la provisión necesaria, dentro de tres días, con el título de general, en el navío del Capitán Manrique, saldría en busca del enemigo, aunque fuese hasta Inglaterra. Con esta orden volvimos al puerto (donde aún no había entrado la capitana) no poco tristes de que á seis velas se nos hubiese ido el enemigo; no hay duda, fueron la causa nuestros pecados y soberbia, y el que aconsejó aquella noche nos viniésemos á tierra, no tuvo la culpa el General, pues éste hasta haber rendido al enemigo, ó muerto en la demanda, no hubiera venido al puerto, en que no se puede dudar lo ejecutara así por su mucha honra y crédito adquirido en los ejércitos; el cual habiendo llegado al puerto, supo la orden que había dado el Virrey, enviando á la almiranta por general, de que se ofendió mucho y dijo, que él había de ir cuando no de general de soldado; y viendo esta resolución el Virrey le mandó con la almiranta salir en busca del enemigo, los que habiéndose puesto en viaje, á los cuatro días de su navegación, más abajo del puerto nombrado de San Francisco, dan con el enemigo, y acometiéndole se peleó todo aquel día fuertemente, hasta que la noche nos separó á unos y otros; llegada la mañana volvemos en busca del inglés y como le descubriésemos (que fué disparate en él, conociendo la ventaja nuestra no haber huído aquella noche) dimos otra vez con él y llegando á aferrar entró mucha gente dentro y se venció; y habiéndonos retirado con la presa al puerto de Panamá, á donde se rehizo nuestro General las quiebras de los navíos, nos detuvimos allí unos días para curar algunos de nuestros heridos. Sucedió esta victoria día de Nuestra Señora de la Visitación, 2 de julio del año de 94. Luego despachó el General un criado con el aviso de la victoria al Virrey, que caminando de día y noche sin parar seis días, llegó á Los Reyes, y habiendo recibido el Virrey el pliego á las diez de la noche, mandó á aquellas horas avisar á la iglesia mayor y monasterios repicasen las campanas y saliendo de su casa acompañado de toda la ciudad á caballo anduvo las estaciones por los monasterios, dando gracias á

Nuestro Señor por la victoria y con tan poca pérdida de los nuestros. Estuvo en este Virreynato 6 años, hasta que su Magestad le hizo merced de mandarle ir á su marquesado, porque estando acá le heredó, dejando en el gobierno deste Reino al Virrey don Luis de Velasco, caballero del hábito de Santiago, que gobernaba los reinos de México, el cual ahora con mucha rectitud y cristiandad nos gobierna.

CAPÍTULO XLVII.

DEL DESCUBRIMIENTO QUE HIZO EL ADELANTADO ÁLVARO DE MENDAÑA

Aunque arriba brevemente tratamos del descubrimiento que hizo Alvaro de Mendaña gobernando los reinos del Perú el Licenciado Castro, y el segundo gobernando don García de Mendoza, Marqués de Cañete, salió Alvaro de Mendaña con dos navíos y una fragata, bien equipados de gente guerra, marineros y bastimentos y municiones y habiendo caminado 38 días desde el puerto de Paita, antes de anochecer descubrieron una isla, al parecer de 15 leguas de donde se hallaban, de que todos se alegraron mucho, porque cansados de navegar no podían descubrir tierra. y después hube á mis manos una relación larga de lo sucedido en este segundo viaje, la cual abreviaré todo lo posible. Dos años poco más ó menos antes que don García de Mendoza Marqués de Cañete acabase de gobernar, despachó por orden de su Magestad del Rey Felipo Segundo (que goza el cielo), aunque contra su votad, á Alvaro de Mendaña, con dos navíos grandes y una galeota y fragata á que volviese á descubrir é poblar las islas que antes había descubierto, que llamaron de Salomón, y á una muy grande que le pusieron por nombre Guadalcanal. Llevaba el Adelantado por Almirante á Lope de la Vega y por Capitán de la gente, que se hizo en Lima, á don Lorenzo, su cuñado, y por maestre de campo á Merino; llevaba consigo casi 600 personas, soldados, marinos, hombres casados y gente de servicio, muchos bastimentos, piezas de artillería y municiones bastantes. Todos se embarcaron en el puerto de

Saña y por que allí no hubo cómodo para hacer aguada bajaron á Paita, donde la hicieron, y hecha, siguieron su derrota, procurando ponerse en el altura del Callao en 12 grados de esta parte acaba de la línea y polo Antártico y dentro de 38 días que partieron de Paita, antes que anocheciese, descubrieron una isla, al parecer 15 leguas de donde se hallaron, fué grande el alegría, que todos recibieron y al amanecer se hallaron como 3 leguas de ella y la mar cubierta de canoas pequeñas, de que se aprovechan los indios, llegando cerca de ellos que hacían mucha algazara y muestras de espanto, los cuales llegándose á los navíos y particularmente á la galeota, entraron muchos tan dispuestos, aunque desnudos, que les parecían gigantes, pretendieron tomar la galeota, mas los soldados que iban dentro fácilmente los rebatieron y echaron fuera; también quisieron entrar en los navíos grandes y se les consintió en la capitana; entraron admirados de ver gente vestida y en navíos tan grandes. Sucedió allí que uno de estos naturales tomó un perrillo de falda en las manos y luego como que jugaba con él se lanzó al mar, zbulléndose debajo del agua y salió más de dos tiros de arcabuz adelante con el perrillo en la mano y se embarcó en una canoa de las suyas; desde allí este indio con otros muchos en sus canoas hacían señas á los marinos que fuesen á ellos, enseñándoles como con la mano otras islas, por donde se entendió que no eran todos de la que solamente hasta entonces se había descubierto; empero, como la intención del Adelantado fuese ver aquella isla y tomar puerto en ella, declinó el piloto sobre ella y descubrió una playa al parecer deleitosa, poblada de muchas casas, y cerca de ellas gran cantidad de platanales, palmas y otros árboles frutales. En esta playa se descubrió una ensenada, muchas con ríos y muchas casas y mayor concurso de gente que se ponían á defender el puerto, el cual no se tomó por ser el viento contrario. Y visto no se poder tomar, el Adelantado mandó disparar una pieza de artillería y arcabucería que oído el trueno, no paró natural en la mar ni en la costa y como no se pudo surgir en este puerto, prosiguieron adelante en demanda de otras tres islas que á diez ó doce leguas se descubrían, una de ellas mayor que las otras. Otro día al amanecer se hallaron como dos leguas cerca de ella, de donde salieron muchas canoas con muchos indios, también desnudos

y entre ellas una muy grande, encima de la cual estaba armada una barbacoa, en la cual cabían 70 hombres, sin los que iban remando por banda, y así como los pasados se admiraban de ver gente nueva lo mismo hacían éstos. Usan arco y flecha de palma y macanas y piedras, que tiran con tanta fuerza y doquiera alcanzan no es necesario otro golpe. Los navíos se fueron llegando para ver si se hallaba puerto en unas ensenadas que se descubrían; en esta isla había 3 cordilleras muy alegres á la vista, muy verdes y también se descubrían sábanas apacibles. No se pudo tomar puerto y los navíos desembocaron por un estrecho que se hacía entre esta isla y otra, en lo más angosto de media legua la una y otra playa muy poblada de caserías y gente desnuda, los cabellos en hombres y mujeres tan largos que les llegaban á los pies. Pasado este estrecho, que no tenía de largo legua y media, se determinó tomar puerto en la isla de mano izquierda, que parecía la mayor; los soldados bien apercebidos para lo que se ofreciese; echóse al mar un batel y en el 25 soldados y la galeota y fragata les fuesen haciendo espaldas para descubrir algún puerto conveniente. Salió el Maestre de Campo Merino con ellos, á los cuales cercaron muchas de aquellas canoas, llegándose tan cerca que parecía los querían coger á manos, mas con los arcabuces los hicieron desviar que no pasó canoa ni indio delante. De esta suerte prosiguieron hasta llegar á tierra y saltaron los soldados en ella sin haber quien les estorbase el paso y llegaron á ponerse debajo de un árbol muy grande que parecía á los que en el Perú llaman ceybas. Los naturales que se habían acogido al monte como en número de diez en diez salían dando unas carrerillas y luego se sentaban y no se atreviendo á llegar á los nuestros uno de estos gigantes se mostró más atrevido y llegó más cerca, lo cual visto por el Maestre de Campo se fué solo para él con su espada y daga en la cinta y llegando, el indio tomó de la mano al Maestre de Campo y le abrazó en señal de mucha amistad, y trayéndolo consigo el Maestre de Campo donde estaban los soldados le hicieron muchas caricias y regalos; lo cual visto por los demás se llegaron á los navíos aunque con algun temor. Mandó el Maestre de Campo no se hiciese ningún agravio; algunos traían plátanos, cocos y palmitos y otras raíces no conocidas, con que se sustentan. Mues-



tra de oro, ni plata no se halló. La disposición de los miembros es proporcionada, más colorados que blancos; las mujeres también son desnudas y algunas traen cubiertas sus vergüenzas con hojas de plátanos ó cortezas de árboles, no tan dispuestas como los varones. Por que aquí en la playa no había puerto seguro para los navíos se determinó que en la fragata se volviesen 16 soldados y en el batel en que se saltó á tierra se quedó el Maestre de Campo con 6 soldados y 4 marineros; los cuales fueron costeando esta isla, y pasado como espacio de una hora descubrieron una ensenada y puerto más seguro con dos ríos y pueblo formado con cantidad de gente y multitud de árboles frutales, limpio y de mucho fondo. Saltaron en tierra el Maestre de Campo y los soldados, y los marineros volvieron á dar aviso al Adelantado del puerto y seguridad de él, con lo cual todos recibieron mucho contento. Partido el batel, los naturales de la isla se llegaron á los pocos soldados que habían quedado, tocándoles las manos (por ventura para ver si eran de otro metal) con no poco temor los nuestros por ser tan pocos; empero, para atemorizarlos, el Maestre de Campo mandó á un soldado, boníssimo arcabucero, llamado Andrés Díaz, tirase á un pajarito que revoleteaba en un árbol, el cual lo hizo y lo derribó; y los naturales con admiración lo tomaron en sus manos espantados del caso. Aquí los naturales determinaron matarlos desenlazando los cabellos de la cabeza, que es señal entre ellos de acometer. Los marineros, viéndolos de mal talante, se fueron recogiendo á una ramada junto á la playa á manera de tarazana, donde labraban los naturales una canoa muy grande, donde tuviesen las espaldas seguras, primero disparándoles los arcabuces, que hizo á los naturales huír y los nuestros sin peligro ninguno se recogieron é hicieron fuertes. Era ya tarde y temerosos los nuestros no les cogiese la noche en aquel puesto por tener muy pocas municiones, fué Dios servido vieron entrar en el puerto la nave capitana disparando el artillería, lo cual visto por los naturales se fueron todos al monte; luego llegaron los demás navíos, dando gracias á Nuestro Señor que les aparejó tan buen puerto. Amanecido, el Adelantado mandó hacer aguada y que saliesen los que quisiesen á tierra; los cuales todos casi salieron, y los sacerdotes, y se dijo misa, la cual todos oyeron con mucha devoción; y viendo los natura-

les no se les hacía mal ninguno se llegaron á los nuestros. Entre otras frutas se halló una en árboles grandes, tan grande como una naranja, muy verde en la corteza; cómese lo que está dentro de ella asada, que es blanca como manteca, y aunque había muchos árboles destos y con mucha fruta, en pocos días no se hallaba una. Además destos se hallaron en esta isla muchos cocos, plátanos, palmitas, cañas dulces y otras frutas no conocidas de los nuestros, puercos de monte el ombligo en el espinazo, tortugas y gallinas. Al fin de tres á cuatro días los naturales les dieron un arma para echarlos de su tierra, y el mismo día, sosegado este alboroto, se vieron venir por una punta 10 á 12 canoas cargadas de gente caminando hacia la capitana, y el Adelantado temiéndose alguna desgracia ó trato doble, mandó á los soldados estuviesen á punto con sus arcabuces y al artillero cargase dos ó tres pedreros y llegando á tiro mandó disparar uno de ellos que dando en las canoas hizo mucho daño, y los que quedaron heridos y vivos se volvieron huyendo por donde habían venido. A esta sazón el batel que venía con agua los siguió y trujo las canoas á la capitana, con plátanos, cocos y otras frutas. Visto ésto por los naturales huían de los nuestros.

Hecho ésto con toda la seguridad del mundo se hizo la aguada y leña, y pasados 15 días después de llegados los nuestros, desampararon la isla y puerto; salieron en demanda de las islas que en el primer viaje descubrió el Adelantado. Otro día siguiente se descubrieron unas islas bajas, de muchos arrecifes y detrás dellas tierras altas, con lo cual se alegró el Adelantado, diciendo ser aquellas las que buscaban. Mandó al piloto arribase sobre ellas, por el mucho viento contrario, con mucho descontento de todos prosiguieron adelante, consolándoles el Adelantado y certificándoles que poco más adelante descubrirían muchas más islas por que de 5 grados á 15 eran sin número. No fué cuerdo el Adelantado en desamparar lo que Nuestro Señor le había dado, por que de allí se pudiera descubrir lo demás: en breves horas perdieron de vista estas islas y navegó muchos días sin ver tierra; mas veían gran cantidad de pájaros de la mar. Desahuciado de verla, navegando de diez á once y doce grados, se descubrió un farelloncillo, redondo, de media legua, con algu-

nos arbolillos, despoblado, blanco con el estiércol de los pájaros; pensóse se hallaría alguna isla cerca, mas salióles al revés su pensamiento, por que desde que desampararon las islas en dos meses, poco menos, no encontraron con tierra, por lo cual toda la gente iba muy disgustada, perdidas las esperanzas de hallar otra ocasión como la pasada, faltos de mantenimientos y de agua, aunque Nuestro Señor proveyó de algunos aguaceros con que recogieron alguna. Pasados estos; hubo unas nieblas muy grandes y oscuras por 8 ó 10 días; al fin de ellos se descubrió tierra; salieron todos á verla como si vieran su salvación. Era una isla muy larga y á la una parte de ella se descubrió un volcán que de rato en rato lanzaba mucho fuego. Cuando llegaron á este paraje faltó la nao almiranta y preguntando á la galeota y fragata por ella, respondieron no la haber visto después que la noche antes la vieron á sotavento de la capitana; de la cual respuesta se entendió haber arribado á otras islas que en aquel rumbo se descubrían. La capitana y fragata y galeota se arrimaron á tierra y descubrieron una ensenada grande, de más de 10 leguas, en cuyo medio estaba el volcán arriba dicho, y con buen viento entraron en ella, en la cual se descubrían grandes poblaciones. El Adelantado mandó se arrimasen los navíos á tierra para tomar puerto antes que anochebiese; finalmente, entraron muy adentro de la ensenada y surgieron en 40 brazas, con gran admiración de los naturales y contento del Adelantado y demás soldados, aunque no parecer el almiranta les ponía no poco temor no se hubiese perdido. Luego otro día, de mañana, el Adelantado mandó al capitán y piloto de la fragata fuese en busca de ella y si dentro de cuatro días no la hallase se volviese; esperábase hobiese arribado á alguna de aquellas islas que de allí se parecían. Este mismo día acudieron á la capitana muchos de los naturales, que todos son negros alterados y otros como membrillos cochos, de cabellos largos con sus armas en las manos; arcos y flechas, muchos de estos eran potrozos y con incordios y llenos de sarna. Entre ellos venía un negro que parecía ser rey por el respeto que le tenían; el cual, así como entró en el navío, lo primero que dijo fué, capitán, capitán, que admiró mucho por oír nombre español en tierra tan remota. El Adelantado mandó que todos delante de él estuviesen destocados para que aquellos bárba-

ros entendiesen era el general de todos. Este negro se llegó al Adelantado diciendo capitán, capitán muchas veces; Malope capitán, y dándose en los pechos, por donde se entendió pedía al Adelantado su nombre para trocar el suyo, porque como le respondió Mendaña el negro hizo señas cuál se llamaba Mendaña y el Adelantado Malope. Hiciéronles buen tratamiento, dándoles algunos juguetes y cosas de comer; las cuales por ninguna vía gustaron, aunque fueron inportunados; pidieron por señas fuese alguno de los soldados con ellos á tierra y ofreciéndose á ello uno de más de 50 años á quien el Adelantado dió licencia, quedando dos negros en rehenes. Aquella misma tarde, lo volviéron al navío por que no se atrevió á hacer noche con aquellos naturales. Preguntósele qué le había parecido de la tierra, no supo dar razón de cosa alguna, por que apenas hubo saltado en ella cuando pidió le volviessen al navío. Dentro de pocos días volvió la fragata, no trayendo nueva alguna del almiranta, diciendo había descubierto unas islas bajas y con ellas un bajío muy grande por el mismo rumbo que había llevado la almiranta, por que luego se entendió era perdida, porque nunca más pareció. Fué mucho el sentimiento que en todos se hizo, por ir en ella casi la mitad de la gente. El Adelantado determinó saltar en tierra y aguardar por ventura arribaría si nó fuese perdida, luego se echó el batel al mar á traer agua y leña; se entraron por un río arriba, poco trecho de donde desde el mismo batel se tomaba el agua dulce, la cual tomando salieron del monte muchos de aquellos negros disparando sus flechas con mucha algazara. Los nuestros se retiraron; dos soldados mal heridos, el uno de muerte, el otro tuerto de un flechazo; por lo cual juró el Maestre de campo se lo habían de pagar con las septenas; y luego se determinó que aquella noche saltasen en tierra algunos soldados bien apercebidos y diesen al amanecer sobre un pueblo que de allí se veía cerca, entre árboles, de que toda la tierra es muy poblada. Hízose así, y siguiendo el Maestre de Campo por una senda lodosa una cuesta arriba y como media legua de camino, se descubrió una centinela; un soldado pidió licencia al Maestre de Campo para derribarle y alcanzada, dió con él en el suelo; lo cual hecho entraron todos de tropel, que serían 30 soldados, por las casas que parecían estar vacías de gente, porque la habitación de estos

negros es entre-suelos cubiertos, cubierto el suelo con hojas de palma y allí duermen y hacen su habitación; las casas son redondas y por todas partes descubiertas. Un soldado mirando para arriba metió una espada por el entresuelo y los que en él estaban se alborotaron é hicieron mucho ruido y el soldado dió voces diciendo se advirtiese había mucha gente. Visto ésto, el Maestre de Campo repartió por las casas los soldados para que pudiesen socorrer los unos á los otros, el cual sitio donde se descubrió la gente de los entresuelos por el agujero que hizo la espada del soldado, se disparó una flecha é hirió á un soldado en un ojo, que no parecía sino un rasguño pequeño; empero murió dentro de 24 horas, por donde se entiende la punta de la flecha traía yerba. El Maestre de campo mandó poner fuego á los buhíos, por que no se quisieron dar á paz, y los que salían huyendo del fuego peleaban defendiendo sus vidas valientemente; á las voces acudieron otros naturales con sus armas y piedras arrojadizas. Más de dos horas pelearon con los nuestros y viendo el Maestre de Campo que se defendían, mandó á los soldados que de tropel los acometiesen, lo cual apenas hecho los naturales se desgalaron por aquellas peñas abajo, dejando sus casas, en las cuales había poco más que nada. Sacáronse cantidad de plátanos verdes, cocos, palmitos y doce puercos de monte, que los perros que llevaban los soldados cogieron. Con esta rica presa se volvieron á la playa donde hallaron algunos soldados y otra gente menuda que había desembarcado, así para socorrer si fuese necesario, como para espaciarse. El Maestre de Campo mandó hiciesen señas á la capitana, para que les enviase el batel y para que fuesen á dar cuenta de lo sucedido; la comida que se trujo se repartió entre los soldados, marineros y demás gente. Aquí se determinó se fuese á buscar puertos más apacibles, porque dentro la ensenada se descubrían playas y tierra y muchas poblaciones y la costa llena de naturales, lo que se hizo yendo el Adelantado en la galeota, y Maestre de Campo. Iban tan cerca de tierra que los naturales casi querían entrar en la fragata, metiéndose en la mar hasta la cintura; sondóse el puerto, hallóse limpio; dejóse una boya en lugar conveniente para que allí surgiese la capitana, á quien se avisó, y surgió donde había quedado la boya, teniendo muy cerca de allí un

río caudaloso. Surta la nao capitana y volviendo á ella el Adelantado y Maestre de campo, se entró en acuerdo lo que se debía hacer y salió acordado se saltase en tierra para ver lo que prometía de sí, y si fuese tal, poblar en ella. Los negros se metían en la mar, casi hasta perder pié; de donde arrojaban flechas hasta los navíos. El Adelantado viendo este atrevimiento mandó saliesen algunos soldados con sus arcabuces para que los espantasen y por capitán D. Lorenzo, su cuñado; el cual saltando en tierra los negros huyendo, fué siguiéndolos al alcance, excediendo de lo que se le había mandado, lo cual visto el Maestre de campo llegándose á bordo la fragata y galeota saltó en ella con gente para ir á socorrer al Capitán D. Lorenzo, temiendo los naturales no le tuviesen armada alguna emboscada. Saltó en tierra y fué á alcanzar al Capitán á una legua de camino, junto á un río, donde le reprendió ásperamente, el cual no respondió palabra y todos tuvieron temor que de aquella reprensión sucediese alguna cosa en daño de todos, como después sucedió; y pareciendo al Maestre de campo ser muy bueno el puerto para fundar pueblo, avisó de ello al Adelantado, á quien le pareció bien porque de allí se podría tornar á buscar al almirante. Desembarcóse la gente y el Adelantado señaló los solares para hacer las casas. entre tanto haciendo cada uno su ranchillo donde albergarse.

Viendo los naturales que los espoñoles poblaban, al punto dejaban sus casas lo poco que en ellas había, que visto por los nuestros con mucha prisa fueron á ellas pensando hallar algo y no encontraron sino cocos para beber agua y unas esportillas de palma con unas raíces á forma de bizcocho. En todas las casas no se halló memoria de oro ni plata; solo se aprovecharon para la nueva población de la madera, había algunas casas grandes que parecían adoratorios, donde tenían pintadas unas figuras con demonios, y lo que les ofrecían colgaban allí, como plátanos, cocos y palmitos; y habiéndose ofrecido algunas palabras puntosas entre el Adelantado y Maestre de Campo, procuró tomar venganza el Adelantado haciendo matar al Maestre de Campo y á su Alférez Buitrago, siendo así que el pobre Alférez con unos soldados solo se empleaba en buscar de comer para todos, espoñiéndose todas las horas del día á riesgo con los naturales.

Los soldados que andaban con el Alférez Buitrago quedaron con grande pesadumbre de lo sucedido, pero callaban por no poder hacer otro. Al cabo de cinco ó seis días dió al Adelantado una calentura acompañada de grandísima tristeza, de la cual murió. Dentro de siete ú ocho días, murió también el padre Serpa, que era el confesor que llevaban, espantado de la muerte del Alférez, tan injusta. Sintióse mucho la muerte de este padre porque ya no quedaba sino otro sacerdote, que era vicario.

Muerto el Adelantado, quedó en su lugar el Capitán D. Lorenzo y D. Isabel Barreto, mujer del Adelantado, á quien se obedecía en todo. En el pueblo crecían las enfermedades y muertes, falta de comida y abundancia de armas que los negros daban, hiriendo á los nuestros; lo cual visto por D. Lorenzo salió á castigarlos con poca gente, y le dieron un flechazo en un muslo y le hirieron tres ó cuatro soldados y se volvieron al pueblo. Y visto que poco á poco se iban consumiendo, fué acordado dejar aquella mala tierra y buscar otra más cercana de christianos. Los pilotos dijeron que la más cercana era la China, pero que los navíos no tenían aparejos para ir allá; no obstante, viendo perdidos y que D. Lorenzo también era muerto, y que poco á poco se habían de quedar allí todos, se embarcaron y fueron á parar á las Filipinas, de donde algunos volvieron al Perú, de quien supe ésto que he referido; y lo más que les sucedió no es de mi intento tratarlo.

CAPÍTULO XLVIII.

SOLO UNA DESGRACIA LE SUCEDIÓ AL MARQUÉS.

Avisado el Marqués uno de los caballeros dichosos en nuestras edades, si todos estos sucesos no se le aguaran con la muerte de la ilustrísima y cristianísima Marquesa, que dejó enterrada en Cartagena, lo que en estos reinos dolió mucho; empero, llevóla Nuestro Señor á gozar del Cielo, donde tiene otro mejor y más perpetuo marquesado, y al Marqués con próspero viento á España, sin borrasca ni tormenta, ni cosa que le diese pena. La flota llena de plata, así de su

Magestad como suya y de particulares, donde su Magestad le recibió muy alegre, haciéndole muchas mercedes, le hará más por sus méritos y partes y virtudes tan excelentes cuantas en nuestros tiempos juntas no se hallan en un supuesto, de gran entendimiento, como quien nació para mandar y gobernar. Dió mucha limosna de su hacienda y otras buenas obras dignas de eterna memoria. Esto breve que es más recopilación de historia que historia, habemos dicho, dejando á los que son dotados de más facundia, y mejor estilo que el nuestro, para que sus libros se enriquezcan con las obras heroicas del Marqués, á quien Su Majestad, esperamos, le haga mercedes muy copiosas.

CAPÍTULO XLIX.

DEL ILUSTRÍSSIMO ARZOBISPO DE MÉXICO

Dentro de breve tiempo que el Marqués de Cañete entró en la Ciudad de los Reyes vino á ella por orden de Su Magestad, el Iltmo. Arzobispo de México, á la sazón en la misma ciudad Inquisidor. D. Alfonso Fernández Bonilla, varón integristimo en todo género de virtud y no de pequeña penitencia y oración, como su vida y ejemplo fueron bastantísimos testigos, de bonísimo y claro entendimiento y de prudencia admirable, amado grandemente de todo el Reino por su mucha virtud, y temido por la mucha rectitud de su vida, amigo y favorecedor de los que administraban juiticia. Proveyóle su Magestad siendo fiscal de la Inquisición de México conociendo todas estas partes para que visitase la Real Audiencia desta Ciudad de los Reyes, y para que tomase cuentas á los oficiales, reales á quienes había mucho tiempo que no se visitaban ni tomaban cuentas. Luego que su Magestad le hizo merced del Arzobispado no quizo gozar más del salario de visitador, contentándose con la renta que por tal le pertenecía, por que no era persona que trataba de riquezas temporales sino eternas y del cielo; mas, como los hombres seamos mortales, fué Nuestro Señor servido llevársele para sí de una enfermedad que casi no fué conocida de los médicos.

Hizo su testamento y está enterrado en nuestro convento de los Reyes, á donde dejó 4 mil pesos de limosna; hiciéronsele sus exequias con la pompa riquíssima, con no poco dolor de todo el pueblo y más del Virrey D. Luis de Velasco, que en todo le consultaba para el bien del Reino de Chile. Diósele sepultura en la capilla principal, junto al altar mayor, en medio de dos obispos que allí están enterrados. Mucho tenía que decir de este ilustríssimo varón, pero quédese para que otros ingenios tiendan sus alas en las muchas y muy heroicas obras de su ilustríssima y trataré de algunos sucesos y cosas de la provincia de Omaguaca, la que ha sido de mucho provecho á la Hacienda Real en las excesivas cantidades de oro y plata que ha dado y dá de sí, pero también diré costó no poca sangre para reducirla al dominio real, que eso fuera empezar á contar y nunca acabar, y quédese para otro de mejor adaptación. Es tierra muy abundante de víboras de las de cascabel y otras que se llaman volantinas, por que éstas se abalanzan más de diez pasos á picar; pero proveyó Dios en esta provincia de unas culebras pequeñas que no hacen daño alguno, antes son provechosas; las cuales tienen dominio sobre las víboras, de manera que en viendo la víbora de cascabel esta culebra, luego se vuelve boca arriba y llegando la culebra la degüella y mata; y así lo afirman los nuestros que viven en aquella región. Vientos al invierno recísimos, y muchas tempestades de truenos, relámpagos y rayos. En los parajes donde es montuosa se crían leoncillos y tigres en conformidad, que no dejan de noche dormir á los caminantes con sus bramidos; los tigres son dañosos si no ven candelada. Los indios para guarecerse de ellos en los caminos que hay montañas, sus dormidas tienen en los árboles, á los que suben por unos escalones hechos á mano. En toda esta provincia se dan viñas, membrillos, granadas, manzanas, aunque el vino que se hace dura muy poco porque se vuelve vinagre. Los ríos de esta provincia, particularmente el de Esteco y el de Santiago, que así se nombran, al invierno son como el Nilo, salen de madre y estiéndense por aquellas llanadas regando la tierra, que allá llaman bañados, y aquel año es más abundante que hay más bañados; aran y en ellos siembran, por que así prevalece más la semilla. Los campos y llanos son espaciosísimos, porque así como estando en alta mar no ve-

mos sino cielo y agua, así en aquella provincia no vemos sino cielo y llanuras, y estas corren más de 400 leguas sin que se vea un cerrillo, ni casi una piedra. Camínanse casi todos estos llanos en carretas, las cuales no llevan una punta de hierro, ni los caballos gastan mucho herraje por ser tierra floja.

CAPÍTULO L.

DEL VALLE DE SALTA, COMARCA Y CALCHAQUI

Volviendo á proseguir el camino y descripción de la provincia de Tucumán, de Jujui se llega en una jornada al valle de Salta y pueblo del mismo nombre de españoles, muy moderno, aunque más antiguo que el de Jujui, valle espacioso, alegre, de buenas aguas, por estar más á la Cordillera participa de algunas sierras llenas de arboleda. El asiento es bueno y llano; es abundante de las plagas que acabamos de decir; poblólo el Licenciado Lerma, Gobernador de aquella provincia para freno, como lo es, de los indios de Calchaqui. Dánse en él todos los árboles frutales nuestros y viñas, mucho maíz y trigo. Al lado de Poniente le demora la provincia de Calchaqui; indios belicosos, el vestido como el de los homaguacas. Estos indios por dos veces se han llevado dos pueblos de españoles y esta última, habrá 14 años, por orden de don Francisco de Toledo el Capitán Pedro Zárate fué con 60 hombres á reducirlos; tenía allí cerca indios de encomienda. Esta provincia de Calchaqui es tierra alta, de muchas sierras y rica de oro y plata. Cuando se les antoja sirven un poco de tiempo al pueblo, y cuando nó, vuélvense á las armas. Eran antes muchos, ahora son pocos por las guerras civiles entre ellos los han consumido. Llegando yo á Salta los ví allí y un mestizo criado entre ellos, el cual los acaudillaba y tenía tan avasallados á los Calchaquis que les forcé á venir á pedir favor á Juan Ramírez de Velasco contra el mestizo, y si se lo daban le servirán en Salta. Salió Juan Ramírez con la gente que le pareció bastante y en breve á los unos y á los otros redujo; prendió al mestizo, trájolo á Salta, donde le ví. No

sabía nuestra lengua por que no la había oído; ahora no sé como están.

CAPÍTULO LI.

DE LA CIUDAD DE ESTECO

Del valle de Salta dista la ciudad de Esteco, así llamada, la tercera en orden de Tucumán, 50 leguas de buen camino carretero; es abundante de mantimentos y frutas de las nuestras, en especial las granadas, son de las buenas del mundo. Edificada á la ribera de un río grande, que en verano solo se vadea, los vecinos estaban descontentos del asiento porque la madre del río es arenisca y no pueden hacer molinos en él y trataban mudarse, como dicen se han mudado 5 leguas más hacia Salta á un asiento de mejor terreno y buenas calidades, llamado Palcatucumán, donde del río grande que tiene se pueden sacar acequias y hacer molinos, y es un sitio donde para el suelo de las casas tienen mucha madera; y es terreno salitroso, piedra para cal y buena tierra para teja; un suelo y otro son abundantes de pastos y el segundo mucho más, y para ganados mejor que el de Esteco y más cerca del Perú.

CAPÍTULO LII.

DE LA CIUDAD DE SANTIAGO DEL ESTERO

De la ciudad de Esteco á Santiago del Estero ponen 50 leguas, todas pobladas, á lo menos las 40. Esta ciudad es la cabeza de la Gobernación y del Obispado. Es un pueblo grande y al tiempo de su conquista de muchos indios, poblados á la ribera del río, como los demás de la ciudad de Esteco, pero se van consumiendo por sus borracheras, que este clima tiene perdido á todo el Reino en toda esta tierra y llanuras. Hay cantidad de avestruces; son pardos y grandes á cuya causa no vuelan, pero á vuela pie corren ligerísimamen-

te y los cazan con galgos. Hay también liebres mayores que las nuestras y no corren la mitad que éstas. Es abundante de todo género de ganado de lo nuestro, en particular vacuno, caballar se sacaban muy buenos, pero ya se ha perdido la casta. El edificio de las casas es de adobes, como en las demás ciudades; la tierra cenagosa y es cosa de admiración que pisando aquí, tiembla la tierra diez pazos más atrás. Carece de molinos á causa de no poderse fundar por la tierra arenisca, porque se componen con tahonas y cualquiera que en ellas quiera moler ha de llevar caballo propio. Hacen unos molinillos que traen á una mano, de madera, con una piedra pequeña traída de lejos; muelen á los pobres indios que las traen, porque para una hanega son necesarios tres indios de remuda; empero, el pan es el mejor del mundo. A la mano derecha desta ciudad, á las faldas de la sierra, hay otra ciudad llamada San Miguel de Tucumán, pueblo más fresco y de mejores edificios y aguas que los otros nombrados en esta sierra.

CAPÍTULO LIII.

DE LA CIUDAD DE CÓRDOBA

Desta ciudad de Santiago á la de Córdoba. que es la última en esta provincia, hay poco menos de 90 leguas, todas llanas, sin encontrar una piedra y casi todas despobladas, porque saliendo de un pueblo de indios á 15 leguas de Santiago, no se encuentra más poblado que uno de 12 casas. Pobló esta ciudad y conquistó los indios que la sirven don Gerónimo de Cabrera, siendo gobernador; llenos los campos de aves truces, venados, vicuñas y otros animales y sabandijas. Desde aquí se toma el camino á Buenos Aires y se camina en carretas, que habrá docientas leguas, y solo se caminan cuatro leguas cada día. La ciudad de Córdoba es fértil de todas frutas nuestras, fundada á la ribera de un río de mejor agua que los pasados. Dánse viñas junto al pueblo; el río abajo en la barranca dél se han hallado sepulturas de gigantes. Hllanáse en esta provincia de Tucumán unos pedazos de bolas

de piedras llenos de unas puntas de cristal que naturaleza allí cría, y es cosa que llegando el verano con el rigor del sol, dan estas bolas unos estallidos horrorosos y saltan los cascacos, como los he visto y tenido en mis manos; y si aquellas puntas las labrase algún lapidario no hay duda serían de algún precio y valor, aunque allí no las estiman en cosa alguna.

CAPÍTULO LIV.

DE LOS GOBERNADORES DE TUCUMÁN

Los gobernadores que en esta provincia de Tucumán he conocido, el primero fué el General Francisco de Aguirre, que por su Magestad la gobernó, aunque siendo acusado á la Santa Inquisición tiró de él y en medio de que salió de allí acabó su vida miserablemente. Sucedióle un fulano Pacheco, que salió en paz de su gobernación, digo en paz. A Pacheco le sucedió don Gerónimo de Cabrera, hermano de don Pedro Luis de Cabrera, á quien el Marqués de Cañete embarcó para España. Don Gerónimo era muy diferente en trato y condición que su hermano; muy noble, afable, con otras muy buenas calidades de caballero. Amplió aquella gobernación porque pobló la ciudad de Córdoba y conquistó los indios de su comarca. Sucedióle un caballero de Sevilla, Pedro Abreu, dicen deudo suyo; y no obstante, en la residencia que le tomó muy rigurosamente á don Gerónimo, con testigos falsos le sacó reo por traidor al Rey, diciendo se quería alzar con la provincia, y le cortó la cabeza. Sus hijos siguieron la causa en la Audiencia y no fué dado por traidor, pero se quedó degollado. A cabo de pocos años á Pedro Abreu sucedió el Licenciado Lerma, el cual procediendo en la residencia contra Abreu, le degolló el Licenciado Lerma; de los de Tucumán unos le alaban otros le vituperan. A este sucedió Juan Ramírez de Velasco caballero bien intencionado; el cual pobló dos pueblos de españoles, el uno donde fué poblada los años pasados la ciudad de Londres y se despobló por no se poder sustentar, por ser los indios muchos y muy belicosos. El otro, más adelante, es pueblo fértil y muy abundante de oro y plata. En esta provincia hay algu-

nos religiosos del Seráfico padre San Francisco y en todos los pueblos tiene desde Salta á Córdoba conventos, aunque pequeños; pasando yo por esta provincia hallé seis ó siete religiosos nuestros divididos en doctrinas; de Nuestra Señora de las Mercedes, hay cuál ó cuáles religiosos, y ésto de la provincia de Tucumán.

CAPÍTULO LV.

DEL REINO DEL PARAGUAY

A la parte del Oriente de la provincia de Tucumán demora el río de la Plata; no sé la causa por qué le pusieron este nombre; acá llamámosle el Paraguay. Tiene á su ribera algunas ciudades y grandes, la mayor y más principal se llama la Asunción, cabeza de aquel reino, con mucha gente, los más allí nacidos mestizos y mestizas. Es abundante de mucho mantenimiento: caña dulce, vino boníssimo, y es fértil en muchos generosos y muy buenos pescados en el río que tiene al lado, donde todos los allí nacidos, así varones como mujeres, se enseñan á nadar y nadan pulidamente. Esta provincia del Río de la Plata es toda ella abundantíssima de todo género de mantenimientos, así de la tierra como nuestros, y de azúcar, fertilíssima y si como es abundante en lo dicho, lo fuera en oro y plata como otras, fuera la mejor del mundo, pero Nuestro Señor puso el oro y plata en tierras inhabitables; el oro por la mayor parte por el calor, y la plata por mucho frío. Es la tierra abundante del mal francés, y proveyóle Nuestro Señor de palo que llaman santo en mucha cantidad. Hay pocos médicos; púrganse de las demás enfermedades con el agua de un pescado que en ella cuecen, y el pescado sirve como gallina el día de la purga. Los indios son todos Chiriguanas, más tratables que los de la provincia de los Charcas; son bien dispuestos y valientes, pero grandes holgazanes, como los demás; y como uno de estos tenga una víbora de cascabel que comer, no ha menester más; y por ésto no quieren trabajar, por que con cualquier porquería, ó yerba, se mantienen. Toda esta provincia tiene muchos árboles de la tierra frutales, más que Tucumán,

y mejor madera para las casas; y el temple, como el río vá declinando más á la mar, se vá subiendo á este nuestro polo y así es más fresco. Santa Fé está en treinta grados, que es una ciudad desta provincia, y Buenos Aires en 37, donde hiela y nieva como la altura lo pide.

CAPÍTULO LVI.

DEL PUERTO Y PUEBLO DE BUENOS AIRES

El puerto de Buenos Aires de pocos años á esta parte se ha tornado á poblar respecto de la contratación con que hay del Brasil con el Río de la Plata y Tucumán; dista de la boca del río treinta leguas; tiene este río por aquí más de tres leguas de ancho, y la boca más de diez. Cuando se despobló fué la causa por no tener servicio de indios. De la otra parte del río hay una provincia de indios que llaman Charrúas, no muy bárbara, en algunas cosas son hombres que guardan palabra y quieren se les guarde. Traen continuamente guerra con otros indios comarcanos, Chiriguanas, y la guerra es sobre las comidas. Los Chiriguanas no labran la tierra sino cuando están maduras las sementeras. Pasando yo por aquel país encontré un muchacho portugués que había servido en uno de aquellos pueblos y preguntándole de algunas cosas, si los Charrúas era mejor gente que los Chiriguanas, me decía que los viejos de cuando en cuando juntaban los mozos y les avisaban no hiciesen agravio ni mal á nadie, no fuesen holgazanes, comiesen de su trabajo. Es entre estos indios gran maldad el adulterio, empero, conciértanse con el marido y fácilmente dá licencia á su mujer que vaya á servir por tantos días al que se la pide: esta es mucha ceguera y no nos habríamos de espantar que hombres sin lumbre de fe tengan el adulterio con esta condición por pecado ni infamia.

CAPÍTULO LVII.

DE LA PROVINCIA DE CUYO EN TÉRMINOS DE CHILE

De la ciudad de Córdoba al primer pueblo de españoles del Reino de Chile, desta parte acá de la Cordillera, llamado Mendoza, hay cien leguas tiradas, de despoblado y llanas, camino carretero, en el cual hay algunos ríos, al tiempo de las aguas, grandes, que son: el de Córdoba primero, luego hay segundo, tercero, cuarto y quinto; estos tres últimos son bonísimas aguas; el tercero y cuarto poblados de indios apartados del camino real, llamados Comechingones, bien dispuestos y valientes, sujetos á la ciudad de Córdoba, de do habiendo yo salido á primeros de diciembre y llegado á Mendoza antes de Navidad, no se podía sufrir el calor. El río que pasa cerca desta ciudad auméntase de las aguas que corren derretidas de la Sierra nevada y ensánchase tanto, que debe tener más de tres cuartos de legua de ancho. Pasámosle por 37 brazos, unos más agua que otros y de piedra menuda, que si en uno de sus brazos se juntara, era imposible vadearle; pues que si me fué preciso nadar en un brazo donde había mucha agua. Los que venían en pos de mí, bajaron más abajo y pasaron más fácilmente y las carretas sin mojarse nada de lo que en ellas venía. Pasado el río, á medio cuarto de legua, está la ciudad de Mendoza.

CAPÍTULO LVIII.

DE LA CIUDAD DE MENDOZA

Fundó esta ciudad el General Juan Jofré, vecino de la ciudad de Santiago de Chile, por orden de Don García de Mendoza, ahora Marqués de Cañete, y fué Virrey destos Reinos, de quien habemos tratado. También fundó otro pueblo, veinte leguas más adelante, hácia el Norte, llamado San

Juan de la Frontera, en el mismo paraje que Mendoza, á las vertientes de estas sierras nevadas; la ciudad es fresquísima, donde se dan todas las frutas nuestras, árboles y viñas y sacan muy buen vino que llevan á Tucumán ó de allá lo vienen á comprar; es abundante de todo género de mantenimientos y carnes de las nuestras. Destos dos pueblos salen indios todos los años para ir á trabajar á Chile: los de San Juan á Coquimbo, y los de Mendoza á Santiago, del cual trabajo pagan á sus amos parte del tributo, y á ellos se les dá el cuarto en su tierra; no tienen de qué tributar, es gente poco sujeta á sus curacas y bárbara. Túvolos el inga sujetos y algunos hablan la lengua general del Perú, como en Tucumán, si no es en Córdoba, donde no alcanzó el gobierno del inga.

CAPÍTULO LIX.

DEL CAMINO DE MENDOZA Á SANTIAGO DE CHILE

Desde estos dos pueblos se camina para el Reino de Chile, por donde se pasa la cordillera nevada y si no se aguarda á que las nieves estén derretidas, es imposible pasar, so pena de quedarse helados. Lo alto de la cordillera que encubramos, no tiene medio cuarto de legua llano, por la cual en llegando arriba y comenzando á bajar, todo es uno. Para bajar ha de ser por una peña tajada y para subir lo mismo, tan tajada, que se pasa desta manera: á pie, con alpargatas, por que no se deslice el pasajero, atada á la cintura unas sogas, una delante de otra; tras la trasera tienen los que quedan atrás y vánla largando poco á poco, porque el que pase no resbale y dé consigo en el cóncavo del río, y en pasando, arrojan la soga delantera á los que están de la otra parte. Yo no pasé por esta puente sino por otra, de madera que se había hecho un poco más arriba; mas dende á breve tiempo la mandó el gobernador quemar porque no se le huyesen los soldados á la provincia de Cuyo, y permaneciendo aquella puente. Ya pasada esta cordillera no hay animal ponzoñoso en todo lo descubierto de Chile y es tan lim-

pia tierra, cuanto de las vertientes á Tucumán es sucia. Desde esta puente á Santiago se camina en tres días, ya por tierra apacible y fértil.

CAPÍTULO LX.

PROSIGUE EL CAMINO DE COPIAPÓ Á COQUIMBO

Esto en breve es dicho cuanto ha sido posible, habemos de volver al otro camino de Chile que corre por la costa hasta la misma ciudad de Santiago. Dijimos que Morro Moreno era como término del Perú y Chile, dividiendo los linderos, desde donde vientan Nortes, y mientras más arriba más recios. El primer pueblo de la jurisdicción de Chile es el valle Copiapó, es uno de indios, llamado como su puerto que se llama Copiapó; es valle angosto, y pequeño el río, fértil de mantenimientos y se da en él cañas dulces, y es bueno para viñas. Es falta de aguas; hay en las dormidas del camino jagüeyes de agua salobre, pero á falta, bebedera. Del Huasco en día y medio, se ponen en Coquimbo los que van despacio.

CAPÍTULO LXI.

DE LA CIUDAD DE COQUIMBO

La ciudad de Coquimbo es la primera del Reino de Chile, puerto de mar capacíssimo; el surgidero á dos leguas del pueblo, y seguro; carece de agua y leña. Fundóse sobre una barranca, no media legua de la playa, donde la mar es de tumbo. Es el mejor temple que creo hay en el mundo, porque ni hace frío ni calor en ningún tiempo. El río de buena agua que riega toda la campiña, donde se dan muchas frutas nuestras, viñas y aceitunas. Las minas de oro que en esta ciudad se labran á quince leguas de esta ciudad, por una perdiz se descubrieron, y ésta es tradición. Llegando el Capitán General que iba conquistando, cerca destas minas, que se llaman Andacollo, trujéronle unas perdices, en cuyos papos halla-

ron unos granillos de oro. Los indios no conocían tal cosa; trujéronselos al Capitán, y preguntando dónde habían muerto aquellas perdices, respondiéronle que en aquel asiento donde se hallaba acampado el real; mandó lavar y sacó mucha cantidad, y perseveró en esta riqueza muchos años, aún en tiempo de los españoles. Este asiento sólo se labra en los términos desta ciudad, un poco dentro de la cordillera, donde hace muy buen frío y labran en él todos los años nueve meses, pasados de 250 indios, y cada año se sacan 70,000 y 80,000 pesos, sin los que los indios aplican para sí. Dista esta ciudad de la Cordillera tres leguas y con todo eso el calor á su tiempo de día y de noche es crecido; y suelen venir algunas borrascas del Norte, que arrancan los árboles de cuajo y trae muchos catarros y dolores de costado, como actualmente lo experimentamos en este valle de Jauja, donde escribimos esto. Los vecinos y moradores todos tienen sus viñas, cuál mayor y cuál menor, y tierras donde cogen trigo, maíz, garbanzos, lentejas melones y las demás semillas y frutas nuestras. Todo este Reino es faltísimo de sal, desde Coquimbo hasta Osorno; y á Chile llévase en navíos desde el Perú. Vale en Santiago de Chile una fanega de sal doce pesos de oro de veinte quilates. Es de cuando en cuando molestada de temblores vehementes, y es cosa no creíble, las casas cuyos cimientos son sobre la tierra, no padecen detrimento; conócese fácilmente cuando ha de venir el temblor: á la puesta del sol ó dos horas antes á la parte de la mar hay una varda (así la llaman los marineros) de nubes que corre de Norte á Sur, es cierto aquella noche y otro día el temblor. Uno ví en esta ciudad: más miedo me puso que los que he visto en este Reino.

CAPÍTULO LXII.

DE LAS DEMÁS CIUDADES DE CHILE

De la ciudad de Santiago, de quien acabamos de decir, á la ciudad de la Concepción, ponen setenta leguas, de las buenas. Todo el camino es fértil para ganados de toda suerte, para trigo, maíz y demás legumbres y viñas; en cuyo camino

encontramos con algunos ríos, malos de vadear, y que vienen crecidos al verano, con mucha agua, como son: Maipo, Cachapoal, Maule, Ñuble y el río de Itata.

Esta ciudad es puerto de mar, seguro, con abundancia de pescado. Era esta tierra muy poblada de indios, pero ya se han consumido con las guerras mucho. Ahora cuarenta años se retiró la mar, y después salió con tanta furia y bramidos que casi anegó todo el pueblo, y sucedieron terremotos muy frecuentes que echaron la mitad del pueblo por el suelo. De aquí á la ciudad Imperial ponen 18 leguas, en medio de las cuales está la Quebrada Honda, que llaman, donde cotidianamente se hallaban indios emboscados para hacer suerte en los nuestros que pasaban por allí.

Esta ciudad antiguamente, cuando la pobló Valdivia, era abundantísima de indios, más que otra alguna, pues llegó á tener 25,000 indios en tiempo del Gobernador Villagra; tiene cerca la Provincia de Puren, que siempre la ha fatigado con guerra. De aquí á la Villa Rica, un poco más metida á la Cordillera, ponen 17 leguas, con dos ríos en medio que no se dejan vadear: pásanse en balsas ó canoas. El suelo es rico de oro y por eso la llaman la Villa Rica. Muerto Loyola, que era quien la gobernaba, se rebelaron los naturales y la pusieron en tanto aprieto de hambre, que murieron casi todos los nuestros della, y no quedaron sino doce ó quince soldados, tan sin fuerzas y flacos para defenderse, que fácilmente los indios entraron en la ciudad y mataron los pocos que habían quedado; robáronla y quemáronla, y así se está hoy destruída. Esta ciudad tuvo continuamente guerra con los indios de la Cordillera, que usan de yerba casi irremediable.

CAPÍTULO LXIII.

DE LA CIUDAD DE VALDIVIA

Desde esta Villa Rica á Valdivia ponen otras 15 á 20 leguas, muy rica de oro, que subía de la ley; parte de ello se sacaba en sus términos y parte ó lo más venía de la Villa Rica á fundirse allí. Pobló el Gobernador Valdivia esta ciudad á la



ribera de un río navegable y seguro, á donde los navíos llegaban á surgir tan cerca de la baranda del río donde se fundó el pueblo, que las gavias estaban en las ventanas, y para embarcar y desembarcar no era necesario batel sino echar una tabla ancha y entrar y salir por ella. Es abundante de buena madera y mucha para edificios, que era el trato de esta ciudad, que era el ingenio para sacar y aserrar la madera; el suelo para maíz, abundante; el trigo se siembra diez á doce leguas de la ciudad, en unos llanos que llaman de Valdivia donde acudía con abundancia. Ahora cinco años sucedió un temblor de tierra que asoló cinco ciudades de este reino, la Concepción, Imperial, Villa Rica, Osorno y esta de Valdivia, y á un navío que estaba surto en este río lo sacó y echó en tierra buen trecho de donde estaba, que nunca más se aprovecharon dél: este río procede de una laguna grande de la cordillera nevada, desemboca por entre dos cerros y con el terremoto se juntaron los cerros y el río quedó en seco, y así como Nuestro Señor castigó á la ciudad, castigó á los naturales, porque se volvieron á las antiguas bestialidades de sus padres, matándose los unos á los otros, como lo hacen, así en borracheras como con ponzoña. Será muy dificultoso reedificarse esta ciudad por la falta de los naturales y aspereza de la tierra y para nosotros ser infructífera.

CAPÍTULO LXIV.

DE LA CIUDAD DE OSORNO

De Valdivia á Osorno, que la pobló don García de Mendoza Marqués de Cañete de mucha gente, á 22 leguas de camino; cuando se pobló era abundante la comarca de naturales que fácilmente al parecer recibieron la fé y comenzaron á recibir la policía humana, vistiéndose como nosotros y acudiendo á las iglesias en sus pueblos con mucho cuidado; el suelo era muy abundante para comidas y ganados. Muerto Loyola también estos indios se rebelaron, que no llegaban á 8,000 y entrando en ella la quemaron, y las iglesias, y entonces sacaron una monja profesa de San Francisco y llevándosela la tuvieron allá muchos años, hasta que el capitán la sacó y

restituyó á su orden; y finalmente, lo pusieron en tanto aprietado al pueblo que les fué preciso á los cercados desamparlo. Luego de apoderados del pueblo los naturales, en aquellos dos primeros años no sembraron, y faltándoles las carnes y las comidas, sobre la hambre dieron en comerse unos á otros y así se han consumido y acabado, que no hay dos mil indios.

CAPÍTULO LXV.

DE LA CIUDAD DE CASTRO

En 42 grados de altura hay cantidad de islas, unas mayores y más pobladas que otras, entre las cuales está la mayor nombrada Chilué, de tres leguas y de 7 á 8 de circuito. Fué muy poblada de naturales, donde los españoles fundaron una ciudad llamada Castro, á donde se recogieron los que vivían en Osorno. En esta isla dáse poco y mal trigo, por ser la constelación lluviosa; para cebada es mejor y para papas, que son como turmas de tierra de Castilla. Nuestros ganados multiplican no con tanta abundancia como en la tierra firme, y es abundante de madera, y desde esta isla hasta el estrecho de Magallanes, que son 12 grados, toda la tierra es muy áspera y poco poblada, aunque los que en ella viven son como gigantes. Algunos naturales de la tierra firme inquietan á los nuestros, por lo cual se ha puesto un presidio de soldados en un puerto, veinte leguas de Castro, llamado Calermapo con que se refrenan estos indios; y ésto cuanto á los pueblos de españoles de este Reino de Chile.

CAPÍTULO LXVI.

DE LOS OBISPOS DE ESTE REINO

El primero, aunque no se consagró, fué don Rodrigo González, clérigo, que se halló en la conquista deste Reino con don Pedro de Valdivia y fué su confesor, afable varón y gran predicador. Murió de gota, recibidos los Santos Sacramentos.

á quien sucedió el Obispo Barrionuevo del orden de San Francisco, varón religioso, de muchas y buenas partes, y habiendo muerto sucediéronle dos obispos, porque se dividió el Reino en dos obispados: el de Santiago, que llega 6 á 7 leguas adelante de los Cauquenes del río Maule,—en éste sucedió Fray Diego de Medellín, deudo nuestro, gran religioso de la orden de San Francisco; el obispado se llamó de la Imperial desde los términos de los Cauquenes hasta Chilué, fué proveído por primer obispo Fray Antonio de San Miguel, del mismo orden, varón de muchas y loables virtudes, gobernó con mucho ejemplo y cristiandad. Sucedió á éste don Agustín de Cineros, arcediano, varón docto en cánones, muy principal y de muchas y loables costumbres; gobernó cinco á seis años con muy buen ejemplo de vida, á quien sucedió sin merecerlo, Fray Reginaldo, donde era necesario un varón de grandes portes y virtudes para ayudar á los pobres en sus necesidades; empero, falta lo principal, que es la virtud y posibilidad por ser el obispado tan pobre que apenas me puedo mantener, sin tener casa donde vivir, que si en San Francisco no me diesen dos celdas donde asisto, en todo el pueblo no había cómodo para ello. Con todo eso, tengo más de lo que merezco, por que si lo merecido se me hubiera de dar eran muchos azotes.

CAPÍTULO LXVII.

DE LOS PRELADOS Y RELIGIOSOS DE LAS ÓRDENES

La primera religión que pasó há este Reino creo fué la de Nuestra Señora de las Mercedes; no sé las calidades de los religiosos porque de ellos hay poca memoria. Después entró la orden de San Francisco, y entre sus religiosos el padre Fray Francisco de Montalvo, gran predicador y provincial, á quien sucedió el padre Fray Domingo de Villegas, religioso de buen gobierno y esencial, á quien sucedió el padre Fray Juan Tobar, á quien los indios mataron con dos compañeros, cuando el Gobernador Loyola; el primero que de nuestros religiosos entró en este Reino con don García de Mendoza fué el padre Fray Gil González Dávila, varón

docto, gran predicador y de muy esencial ejemplo. Después le sucedió el padre Fray Lope de la Fuente, muy buen religioso y gran lengua en la del Perú. Vino este religioso padre por vicario provincial, á quien en el mismo cargo sucedió el padre Fr. Gerónimo de Valenzuela, buen predicador. A éste sucedió el presentado Fr. Diego de Niebla, después de lo cual el Rvmo. General de nuestra orden desde Lisbona, sin yo imaginarlo, habiendo dividido esta Provincia de la del Perú, me nombró por Provincial. Hice lo que se me mandó, y vine por tierra desde la ciudad de los Reyes, donde era Prior de nuestro convento; de donde hay más de ochocientas leguas. Acabado mi provincialato me sucedió el padre fray Francisco de Rivera, á éste sucedió fray Acacio de Naveda, que ahora gobierna, hijo de este Reino, que hace bien su oficio.

El primero de los gobernadores de Chile y el que lo conquistó fué don Pedro de Valdivia, hombre hidalgo, de guerra y mucho ánimo. El segundo fué don García de Mendoza, ahora Marqués de Cañete, hijo del valeroso y gran limosnero don Andrés Hurtado de Mendoza, que pobló la ciudad de Osorno y la provincia de Cuyo, como habemos dicho. Después le proveyó su Magestad en Francisco de Villagrán, desgraciadísimo en sus recuentros, y para gobernar no sé si de tanto talento como el antecedente. A éste sucedió el Doctor Saravia, Presidente de una Audiencia Real, á quien subcedió Rodrigo de Quiroga, caballero del hábito de Santiago y de bonísimas partes, y en su lugar subcedió Martín Ruíz de Gamboa, Mariscal de Campo, gran soldado, y muy industrioso en ardides de guerra; y en su tiempo, que solo gobernó dos años, pobló á San Bartolomé de Chillán, con que refrenó la soberbia de los indios comarcanos y aseguró el paso para la Concepción y Angol; en cuyo tiempo fué nombrado por Teniente General por su Magestad para las cosas de Justicia el Licenciado Lope de Azoca, hombre hidalgo y buen juez, y después de muchos días fué con su residencia á España, donde en breve tiempo fué vista por el Consejo Real de Indias y dado por buen juez.

CAPÍTULO LXVIII.

DEL GOBERNADOR DON ALONSO DE SOTOMAYOR

Al Mariscal Martín Ruíz subcedió don Alonso de Sotomayor, caballero del hábito (sic) el cual desembarcando en Buenos Aires con su gente, algunos se le quedaron en aquel pueblo, pero con cuatrocientos hombres, habiendo padecido grandes trabajos en los despoblados hasta llegar á la ciudad de Córdoba, de la provincia de Tucumán, llegó á ella; de allí á la de Mendoza, en su gobernación, de donde pasando la Cordillera en buen tiempo, llegó á la de Santiago,—donde yo me hallé á la sazón—con cuatrocientos hombres, soldados, muy derrotados del camino, á quienes los vecinos con mucha liberalidad vistieron y regalaron en sus casas y ayudaron con caballos; el cual con 120 soldados que le dió al General Lorenzo Bernal mandólo á descubrir unas minas de plata en la Cordillera, á las espaldas de Angol, no faltando quien al Gobernador se lo contradijese, pero con todo eso le mandó marchar. El cual partió con sus soldados á la ribera del río Bío Bío, llegó arriba á la Cordillera, halló famosas minas de guijarros, peñascos y breñas, llevaba picos, almadanes y lo demás necesario para la fundición, pero como aquellas minas no llevan plata, ninguna halló, pasó la Cordillera que por ser por enero ó febrero no tenía nieve. Volvió después el General Lorenzo Bernal antes que las nieves le cerraran el paso por que si se detuviera quince días más no volviera tan presto, y habiendo llegado á Santiago, el Gobernador le hizo gran desprecio, pareciéndole no había hecho la diligencia, por lo que se vió abatido. Lorenzo Bernal retiróse á Angol y allí acabó sus días pobremente. Después de esta salida, don Alonso de Sotomayor se ocupó en la guerra mucho tiempo, permaneciendo en su gobernación; lo que en particular le sucedió no es de mi intento escribirlo, los que á su cargo lo han tomado, lo escribirán. Sólo diré que tuvo muchas y buenas ocasiones pero no por eso habemos de culpar á los que dellas no se saben aprovechar, porque les parece lo hecho en aquella cu-

yuntura es bastante para lo que se pretende y tienen sus razones que les convence para no pasar adelante. Gobernando el mismo don Alonso de Sotomayor se descubrieron en el pasaje del puerto de Santiago de Chile, en 32 grados, dos ó tres islas grandes, despobladas, los puertos llenos de pescado, mucha arboleda y gran cantidad de aves, que se dejaban tomar con las manos: tórtolas, palomas torcaes y otras, de donde se ha traído mucho pescado y bueno. Los puertos no son muy seguros; de las travesías distan de tierra poco más de cien leguas.

CAPÍTULO LXIX.

DEL GOBERNADOR MARTÍN GARCÍA DE LOYOLA

Al cabo de siete años del gobierno de don Alonso de Sotomayor le sucedió Martín García de Loyola, caballero del hábito de Santiago, el cual llegando á este Reino y tomando el pulso á las cosas comenzó á gobernar con mucha cristiandad, entró en la tierra de guerra y llevando las cosas con mucha mansedumbre tuvo este Reino en punto que la guerra se acabase, porque si castigara á ciento setenta indios capitanes belicosos á quienes tuvo convencidos habiéndole venido de paz y ayudándole como amigos y vasallos del Rey Filipo, la tierra quedara castigada y con menos de estos valentones; pero usó de más clemencia que convenía á gente traidora, los que después le mataron viniendo de la Imperial á Angol con otros cuarenta hombres, los mejores de todo este Reino, capitanes expertos y de muchas partes; y con él mataron también dos religiosos de San Francisco, con cuya muerte toda la tierra se rebeló y mataron los indios en diferentes ocasiones más de trecientos soldados de los bravos y viejos. Luego se rebelaron los indios sujetos á la Imperial y la tuvieron en gran estrecho de hambre, pues aunque traían los indios harina de trigo y maíz venía con polvos ponzoñosos. Fué Dios servido que de los nuestros ninguno muriese, hasta que don Francisco de Quiñones, Gobernador, fué á socorrerlos y despobló aquella ciudad. Rebelada la gente de indios de la Imperial y muertos

algunos principales, determinaron ir sobre la ciudad de Valdivia, lo que hicieron y hallando descuido una noche, víspera de Santa Catalina, el año de 599, entraron y mataron muchos españoles y quemaron los templos, hicieron pedazos las imágenes y robaron las sacristías, matando algunos clérigos y religiosos y llevándose cautivas más de trecientas mujeres con criaturas. Fué lo que se perdió de hacienda más de 350,000 pesos y á pocos días ejecutaron lo mismo con la ciudad de Osorno. Sabido en el Perú por don Luis de Velasco, Virrey que á la sazón era, la muerte del Gobernador Martín García de Loyola, despachó con docientos hombres al Coronel Francisco del Campò, el cual llegando desde el puerto del Callao en 29 días al de Valdivia, halló la ciudad arruinada y despoblada; pasó á Osorno y reprimió algún tanto la soberbia de los rebeldes, de donde salió á socorrer á la ciudad de Castro en la isla de Chilué, donde mató algunos luteranos y al pirata hizo retirar de su navío; empero, volviendo á Osorno, en el camino le mataron los indios rebelados, trayendo por capitán un mestizo que se había ido á ellos, aunque el mestizo murió en aquella refriega. Después, viéndose los españoles en grande estrecho de hambre y pocas fuerzas para resistir á los enemigos, despoblaron y dejaron al fuerte donde estaban, dellos á pie y dellos á caballo y algunas mujeres á talón, se recogieron á la isla de Chilué, cuarenta leguas de camino, la mitad por tierra y la otra mitad por unas bahías de mar y llegaron bien trabajados á la ciudad de Castro, en la isla, fundada como ya arriba dijimos.

CAPÍTULO LVIII.

DEL GOBERNADOR DON FRANCISCO DE QUIÑONES

Visto por el Virrey don Luís de Velasco los sucesos de este Reino de Chile tan lastimosos, proveyó mientras su Magestad determinaba otra cosa, saliese, como salió de Lima, don Francisco Quiñones con ciento cincuenta hombres; llegó al puerto de la Concepción que la halló bien trabajada, comenzó á usar de rigor, que es lo que quieren estos naturales,

y castigarlos ejemplarmente con lo cual se hizo temer y temblaban de él todos los indios rebelados. Salió de esta ciudad con cuatrocientos hombres para la Imperial á socorrerla y en el camino tuvo dos recuentros con los rebelados, en los cuales mató más de cuatrocientos indios y con los castigos que en los presos hizo era muy temido, despobló la Imperial contra el parecer de muchos, y con toda la gente volvióse á la Concepción. Por su orden también se despobló la ciudad de Angol que por otro nombre decían de los Infantes, lo cual los naturales de aquel distrito quedaron más soberbios. Vinieron sobre Chillán, saquearon el pueblo y lleváronse la mayor parte de las mujeres. A la sazón residía en la Concepción don Francisco de Quiñones, lo que parece le atemorizó y comenzó á perder el brío y vigor y tratar de volverse á su casa á Los Reyes. Importunó al Virrey don Luis de Velasco con cartas le quitase el gobierno. Hízole así y proveyó al Licenciado García Ramón, que fué Maestre de Campo de don Alonso de Sotomayor, el cual llegando á este Reino y estando en la ciudad de Santiago, supo que otras veces los indios habían entrado en San Bartolomé de Gamboa, llamado Chillán y se habían llevado algunas mujeres y niños; tomó la ligera y en breve tiempo sesenta leguas de camino y más dió en los enemigos y quitó lo que más pudo, aunque no todo porque los más de los enemigos se dieron más priesa á huir. Gobernó año y medio, en cuyo tiempo no pudo hacer más de lo dicho.

CAPÍTULO LXXI.

DEL GOBERNADOR DON ALONSO DE RIVERA

Sabido por su Magestad la muerte de Martín García de Loyola, proveyó por Gobernador á Alonso de Rivera, buen caballero, muy experto en la guerra de Francia, do había tenido muchos y muy principales cargos, el cual llegando á este Reino, luego Alonso García Ramón le entregó la gente que tenía y se le ofreció á quedarse en la tierra como soldado suyo; no lo admitió, por lo cual se volvió á su casa á Los Reyes. Alonso de Rivera halló la tierra muy trabajado-

sa y falta de mantenimientos, y la ciudad de la Concepción, donde desembarcó, toda cercada de guerra. Dióse tan buena maña, que pacificó y redujo los alterados, de suerte que la ciudad gozaba de una época de paz. Viniéronle de paz unos indios que eran los que más daño hacían, llamados Coyuncheses, y su capitán Longotegua, que quiere decir "cabeza de perro", indio valiente y belicoso, que ha perseverado en la amistad y ha servido fielmente. Y ahora dos años corriera mucho riesgo Alonso de Rivera si Longotegua no se opusiera á los enemigos. Con su compañía, que no llegaba á cuatrocientos indios, comenzó Alonso de Rivera á hacer muchos fuertes con presidio de soldados, lo cual unos aprueban y otros reprueban. La guerra la hacía diferente de lo que hasta aquí se usaba: con infantería de á pie y poca caballería, lo cual si los indios esperaran en campo raso y la guerra que nos hacen tuviera cuerpo, era muy buena manera de proceder, pero como se la habemos de hacer á saltos y los hemos de buscar como quien va á caza de conejos, no se ha tenido por acertada esta manera de proceder. En lo demás es muy buen capitán, gran trabajador, que provee bien y puede ser Capitán General de un ejército de veinte mil hombres, porque como los rebelados conozcan y experimenten rigor y castigo conforme á sus delitos, no hay guerra, por sergente de un ánimo servil y esclavo. Los naturales rebelados viendo el poco rigor que con ellos se ha usado, en viendo al soldado español desmandado, le quitan la vida echando la culpa á otros indios que han venido de paz, y fácilmente se les cree. Empero, en lo que más daño nos hacen es en hurtar cuantos caballos pueden, que son las fuerzas y nervios de la guerra de nuestra parte para contra ellos.

En este estado dejó la guerra y tierra Alonso de Rivera á Alonso García Ramón, que vino á este Reino poco menos ha de un año, el cual con el socorro que su Magestad le ha enviado de mil hombres, que ya casi están en los fuertes, esperamos en Nuestro Señor nos ha de dar paz cumplida, y la que estos naturales dieron fingida, mal que les pese, la han de hacer verdadera. Tratan ahora con gobernador que les entiende sus pensamientos y conoce sus traiciones, y no se han de burlar de él; el cual si los saca de sus cuevas y redu-

ce á pueblos compeliéndoles á que les den las armas y caballos que tienen, muchos más que nosotros, con el favor divino gozaremos de paz; donde nó, la guerra es infinita.

CAPÍTULO LXXII.

DE LAS CALIDADES DE LOS INDIOS DE CHILE

Tiempo es ya tratemos de las calidades de los indios de Chile: las mismas son que de las de los indios del Perú: enemigos nuestros capitales, como los demás, exceden á los del Perú en ser más animosos, más soberbios, más fornidos, de mayores cuerpos y más belicosos, y son mucho más bárbaros y más temerarios, porque no creo se ha hallado alguna nación que no adorase alguna cosa y tuviesen por Dios, pero éstos ni á Sol, Luna, ni estrellas. El capitán del inga llegó hasta Santiago de Chile, y doce leguas más adelante, y viéndolos tan bárbaros los llamó en su lengua *purun auca*, que quiere decir indios barbarísimos. No tenían vestidos: de pieles de gatillos hacían unas mantas con que se cubrían. El invierno se estaban en sus casas metidos, las que son redondas, mayores ó menores, como es la familia. Al verano, grandes holgazanes, las mujeres trabajan en todo lo necesario; fuera desto, sin ley ni rey. El más valiente entre ellos es el más temido. Castigo no hay para ningún género de vicio; á padre ni á madre no tienen reverencia alguna ni sujeción; deshonestísimos, pues no perdonan á otra mujer que á la madre. Entre éstos hay grandes hechiceros que dan bocados para matarse los unos á los otros, y dicen está en su mano llover ó nó. No adoran cosa alguna, hablan con el demonio, á quien llaman Pilan; dicen que le obedecen porque no les haga mal. Creen que después de muertos van allá de la otra parte del mar, donde tienen muchas mujeres y se emborrachan: que es el paraíso de Mahoma. Amancebarse con dos hermanas es muy usado, no sólo

los infieles sino los bautizados, por lo cual á los españoles que tienen cautivos, si el español es casado y tiene alguna cuñada, le compelen á que tenga acceso á ella delante dellos mismos, sino le matarán. Conozco á quien le sucedió, y el pobre por huír de la muerte cometió tan grave incesto.

Han hecho grandes crueldades con las mujeres españolas por haber acceso á ellas. El padre que más hijas tiene es más rico, porque desde niñas las venden á otros por mujeres y el que compra es perpetuo tributario. No saben perdonar enojo, por lo cual son vindicativos en gran manera; no creen hay muerte natural sino violenta, acaso porque si alguno muere es porque otro le dió riñendo un bofetón ó puñada, ó con un palo, ó le tiró de los cabellos. Muchas veces nos dan ponzoña en nuestras comidas y como no nos hacen daño dicen es la causa porque las comemos calientes.

Sus consultas son en las borracheras muy frecuentes; en ellas donde tratan las cosas de guerra, llevan allí sus armas y borrachos se matan fácilmente. No tienen dos dedos de frente, que es señal de gente traidora y bestial, porque los caballos y mulos angostos de frente, lo son. Cada uno vive por sí; una casa de otra apartada más de un tiro de honda, á los cuales sino se reduce á pueblos y les quitan armas y caballos y les hacemos hombres políticos, no los naremos christianos. En la guerra obedecen á los capitanes por ellos nombrados: acabada á el verano no hay obediencia. Finalmente, es gente sin ley, sin rey, sin honra, sin vergüenza &, y de aquí se inferirá lo que inferirse puede. Es entre ellos lenguaje de dar la paz por estos tres años, en los cuales nos descuidarán, y nos dividiremos y nos descuidaremos, y descuidados divididos nos matarán, y se quedarán en infidelidad y bestiales costumbres. Si el que gobierna no los puebla, como habemos dicho, y quita armas y caballos, y castiga á los culpados, después de haberles notificado la benignidad que con ellos su Magestad usa, ño habrá paz en Chile. Si á los indios adultos, é indias, persuadimos se bauticen, responden que tienen vergüenza de ser christianos y que harán burla dellos los indios rebelados; empero, que al fin de sus días se bautizarán. Tienen por gran pecado castigar ó corregir á sus hijos; no miran los padres por sus hijas; ellas buscan

lo que les conviene, si acaso no las han vendido á otros indios para mujeres, como habemos dicho. Son envidiosísimos; si un encomendero tiene en su casa tres ó cuatro indias pagándoles su trabajo como á mozas de soldada, si acaso regala más á ésta que á aquélla, fácilmente la matan con un bocado.

